

**Efectos de un modelo de convivencia intercultural y reconocimiento del otro en la
deslegitimación del uso de la violencia en niños de 7 a 11 años en condición de pobreza del
municipio de Soledad, Atlántico**

Mónica María Castillo Bassil

José Amar Amar, tutor

Maestría en Desarrollo Social

Universidad del Norte

Barranquilla, Atlántico

2020

Nota de aceptación

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del presidente del jurado

Dedicatoria

A ti papi por creer en mí. Por impulsarme, apoyarme y motivarme siempre.

A ti mami por darme siempre la mejor forma de amor, dedicación y cariño.

Agradecimientos

A todos los que mi Padre Celestial y la vida han enviado a mi camino para inspirarme y para aprender lo que es la gratitud.

Tabla de contenido

1. Introducción	10
2. Justificación	13
3. Marco teórico	18
3.1. La violencia	18
3.1.1. Una aproximación teórica al concepto	20
3.1.2. Tipos de violencia	29
3.1.2.1. Violencia interpersonal	30
3.1.2.2. Violencia colectiva.....	30
3.1.2.3. Tipos de violencia	31
3.1.3. Causas de la violencia	35
3.1.3.1. Diálogo de causas	35
3.1.3.2. Elementos de riesgo	35
3.1.3.3. Un avistamiento psicosocial	38
3.1.4. Efectos de la violencia.....	41
3.2. Legitimación de la violencia	43
3.2.1. Definición	43
3.2.2. Violencia y moral	46
3.2.3. La violencia y la diferencia.....	48
3.2.3.1. Legitimación violenta contra las mujeres.....	48
3.2.4. Violencia y niñez.....	50
3.2.4.1. Violencia y familia.....	51

3.2.4.2. Legitimación de violencia infantil	52
3.2.4.3. Niñez, violencia y conflicto armado	53
3.3. Deslegitimación de la violencia.....	55
3.3.1. El caso de Colombia.....	56
3.3.1.1. Protección a infancia	57
3.3.1.2. El caso de las mujeres	59
4. Planteamiento del problema	60
5. Objetivos.....	63
5.1. Objetivo general	63
5.2. Objetivos específicos	63
6. Descripción de variables.....	64
6.1. Variable dependiente	64
6.2. Variables independientes	64
7. Estadísticas descriptivas de las variables del modelo	65
7.1. Edad	65
7.2. Género	67
7.3. Escenario de la legitimación de la violencia en estrato socioeconómico vulnerable	67
8. Metodología	69
8.1. Participantes	69
8.2. Instrumentos	70
8.3. Muestra.....	70

EFFECTOS DE UN MODELO DE CONVIVENCIA INTERCULTURAL 9
MÓNICA MARÍA CASTILLO BASSIL

8.4. Modelo de convivencia intercultural y reconocimiento del otro	70
8.5. Procedimiento	72
8.5.1. Fase 1	72
8.5.2. Fase 2	72
8.5.3. Fase 3	73
9.Resultados.....	74
9.1. Resultados: análisis de los mecanismos usados para legitimar la violencia	74
10. Discusión	83
11. Conclusiones y limitaciones	86
12. Referencias.....	88

Índice de tablas

Tabla 1: Mecanismos de legitimación de la violencia para la estación 1.	81
Tabla 2: Mecanismos de legitimación de la violencia para la estación 2.....	83
Tabla 3: Mecanismos de legitimación de la violencia para la estación 3.....	85
Tabla 4: Grupos y poblaciones participantes.....	89

Índice de gráficas

Gráfico 1: Legitimación de la violencia: ex-antes por edades.....	75
Gráfico 2: Legitimación de la violencia: ex-post por edades.	76
Gráfico 3: Legitimación de la violencia: ex-antes por género del niño(a).	76
Gráfico 4: Legitimación de la violencia: ex-post por género del niño(a).	77
Gráfico 5: Escenario de legitimación de violencia	77
Gráfico 6: Mecanismos usados por los niños para legitimar la violencia.....	79

1. Introducción

“Lo único eficaz —decía— es la violencia”

Gabriel García Márquez.

Hablar de violencia es hacerlo acerca de una suerte de aristas indeterminadas, dispares y difusas —en muchos aspectos— que se interrelacionan para dar fruto a una serie de comportamiento que redundan en el mal hacia el otro. La violencia, tal como se abordará en este trabajo, pretende hacer un recorrido teórico de su naturaleza, extensión y alcance.

Es cierto que, a lo largo del tiempo, con todas las guerras humanas, catástrofes, genocidios y toda forma de materializar el odio en el otro en la extensión humana, se han podido escribir con denuesto teórico acerca de ello; sin embargo, a riesgo de caer en lo obvio de este asunto, es imperativa hacer la anotación: se sabe que en Colombia este es y será un tema que ronda toda suerte de textos, incluso los no escritos: la música, la literatura, la escultura, pintura, el teatro, incluso conferencias, podcasts, blogs, conversatorios, entre otros, han servido de excusa para un fin: abordar este tema tan vigente siempre en el imaginario colombiano.

La idea de conceptual de emprender esta trama de la violencia surge también gracias a las lecturas y desarrollo de los textos de Martínez y Amar (2016) y de Martínez, Robles, Utría y Amar (2014), los cuales buscaban un desarrollo de la violencia, en especial de su legitimación en los contextos más próximos.

Retomando al tema en Colombia, la forma de *legitimar* todo discurso y acto de violencia se halla desde la cotidianidad de los actores sociales. En esta investigación y atendiendo a los

autores que ya se han mencionado —y otros tantos que irán enriqueciendo el aspecto teórico— se trató de dar una vuelta que sirva, en sí misma, como restauradora de la violencia: la deslegitimación: ¿cómo lograr dar la vuelta a lo que suele ser rutinario, aunque eso sea, por supuesto, violento? Esa pregunta es, quizás, la que ronda el texto y que busca, en últimas, reorientar los esfuerzos a la comunidad intervenida.

En este país, el término violencia pasó de ser un espectro abstracto para llegar a ser un tiempo, una época, una historia, que sigue estando arraigada y que se extiende hasta nuestros días, y que ha hecho creer —tal como se lee en ese epígrafe— como si lo único que queda, lo único que se podría hacer frente a la defensa de otras violencias, es la misma violencia devuelta. ¿Podrá acaso un trabajo conjunto permitir transformaciones sociales en contextos de vulnerabilidad violenta? Creemos que sí, aunque, desde luego, será insuficiente siempre.

Aun así, la labor estribaba en llevar espacios de socialización convivencial y que, de todas las formas posibles, pudieran tener una identificación con el otro; en este caso, niños de 7 a 11 años, toda vez que estas edades constitutivas de la personalidad y de quiénes serán en la posteridad repercutirán en las sociedades próximas y en la forma en que se creará un discurso transformador, en especial desde la diversidad.

Si bien nuestra labor podría no ser total, el trabajo en estas comunidades en Soledad, Atlántico, es significativa en el transcurso del tiempo; y lo son, precisamente, porque la educabilidad acerca de poder deslegitimar la violencia crea otros imaginarios, en niños de esa edad, toda vez que les permite dialogar, bajo sus propios recursos, cómo sería entonces el deber ser en la convivencia con los demás.

Así, pues, para esta investigación se tomaron niños del Barrio Nueva Colombia, en el municipio de Soledad, Atlántico, en instituciones educativas del sector. Se tuvieron en cuenta que los niños participantes hicieran parte de familias que hayan sido desplazadas por la violencia y que lograron asentarse en esta zona.

En este trabajo también se ha hecho un recorrido teórico acerca del concepto violencia, factores, elementos, sus causas y los tipos de esta. De igual forma, se han abordado el tema de la legitimación de violencia, sobre todo, en los postulados de Martínez y Amar (2016) y de Martínez, Robles, Utria y Amar (2014), quienes permitieron una base sólida en este haber. Posteriormente, se buscó abordar la deslegitimación de la violencia, como elemento de contrapartida para las socializaciones y actividades realizadas en el municipio de Soledad, Atlántico.

Así las cosas, la intencionalidad de todo este proyecto es de aportar algo al gran problema de la violencia que se perpetúa en nuestros contextos, tratando de ser una de tantas voces frente a esta situación que, aunque suene repetitivo —como se dijo al inicio de este apartado— sigue siendo crucial tocarlo, necesario de transformación y relevante para trabajarlo; y que, tal vez, en un esfuerzo contrario, el epígrafe quede solo en el terreno de lo literario, pero que no siga siendo la materialización de las cosas y la forma en cómo se reacciona en el mundo.

2. Justificación

El principal interés que ha tenido la psicología a lo largo de la historia es el de conocer y poder dar una explicación a los distintos comportamientos que como seres humanos enfrentamos día a día en distintos escenarios. Somos un producto interminado que está en constante interacción con el medio que lo rodea y gracias a esta relación se va moldeando la conducta.

Como eje de aplicación, la psicología social tiene como meta la resolución de problemas vívidos encontrados en la realidad. Tenemos como compromiso generar esfuerzos con el fin de la transformación del tejido social.

Colombia es el país con el conflicto sin negociar más antiguo del mundo según el Informe general del Centro Nacional de Memoria Histórica. Para Bautista, F (2002): “ser humano es conflictivo por naturaleza, pero es violento por educación y cultura”.

Las causas del conflicto armado en Colombia y los resagos que dejaron los años de Violencia, han llevado a la realización de muchos estudios desde diversos enfoques con el fin de responder el origen de esta.

En el contexto del conflicto armado en Colombia, dentro de los procesos de ingreso a las guerrillas, sobre el mundo psicológico de los menores de edad, Ardila (2017):

Un aspecto muy importante relacionado con el mundo psicológico de los guerrilleros se refiere a su identidad. Es bien sabido que en la adolescencia se consolidan los procesos de

identidad, de pertenencia, de auto-imagen y de perspectiva de la vida. Los jóvenes que se reclutan en las guerrillas están en proceso de búsqueda de identidad, son adolescentes frágiles como los jóvenes de otros contextos sociales.

De lo anterior podemos afirmar que las edades comprendidas en la infancia y la adolescencia son etapas críticas teniendo en cuenta que los menores se apropiaran de conductas con las que se identifiquen sin distinguir entre lo bueno y lo ya aceptado culturalmente en la sociedad a pesar de que sean conductas no deseables pero que podrían tener de base una justificación. Citando a Martinez, et. al. (2014):

Como ya se ha estudiado desde la psicología, la polarización intergrupal es la base de muchos conflictos violentos y se exagera con la formación de estereotipos que son producto del señalamiento de diferencias y la marginación social. Favorecidas por este clima polarizado, se construyen y socializan creencias justificadoras del uso de la violencia (Blanco, Caballero & de la Corte, 2005), las cuales juegan un papel decisivo en la tendencia a su ejecución especialmente cuando estas creencias se han fomentado desde la infancia (Fernández, 2009; Ayllón, 2009).

Al día de hoy podemos encontrar una multiplicidad de teorías en cuanto a cuales son las causas de la violencia con el fin de resolver o paliar los efectos de esta en nuestra sociedad. Para Bandura, Ross & Ross. (1963) la violencia es aprendida. Este, sin duda es el punto de partida para dar inicio al estudio de la legitimación de esta.

El diario sufrimiento e injusticias humanas nos llevan a indagar en las causas incomprendidas en este fenómeno cultural y social de nuestro país. En la búsqueda a entender

esta conducta del ser humano surge la necesidad de explicar las causas de la necesidad de agredir o violentar al otro. Para Goiburu (1996):

La violencia es una de las manifestaciones constantes, persistentes de la sociedad, de toda sociedad. Toma diversas formas, diferentes nombres la designan, aparece y parece ocultarse intermitentemente, ocupa la atención, preocupa y llega a angustiar e incluso matar. Su presencia es universal, actual. Puede incluso llegar a confundirse con la misma cultura.”

De acuerdo a Martinez et. al. (2014) sobre los efectos de la violencia en los niños:

Cualquier forma de violencia que se arremeta directa o indirectamente contra la población infantil tendrá graves repercusiones para su desarrollo individual, social y cultural, debido al sensible momento evolutivo en que se hallan los niños y las niñas. El panorama señalado resulta poco alentador si se considera el efecto psicosocial de vivir en estas circunstancias y del inminente riesgo de crecer en un ambiente que pareciera retenerlos en la incesante espiral de la violencia y el odio, barreras notables para el desarrollo.

En el Informe mundial sobre la violencia y la salud, 2002: “El uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones”. Barreto et. al. (2009):

Es de esperar, por tanto, que los grupos que ejercen la violencia creen un discurso social que contenga creencias grupales que enmarquen la situación social como injusta con el propósito de convertir la percepción de injusticia en motivo para participar y legitimar la

violencia política y que, además, incluya creencias grupales que responsabilicen al grupo adversario de la situación en la que se encuentra y, por ende, lo deslegitime.

Para Bautista (2002): Podríamos decir que la violencia es vivida como la ruptura de un "orden establecido", de una armonía preexistente, de unas condiciones de vida en las que se realizan las expectativas de existencia de la especie humana.

En el marco de los acuerdos de paz la presente investigación surge de la motivación por determinar los efectos de un modelo de convivencia intercultural y reconocimiento del otro en la deslegitimación del uso de la violencia de niños en estado de vulnerabilidad económica entre 7 a 11 años de Soledad, Atlántico. Para Rojas (1995):

La agresividad ha sido confundida en muchas ocasiones con la violencia, cuando en realidad es solamente una predisposición moldeada en un sentido u otro por la cultura. Así, los niños que crecen entre abusos, humillaciones y crueldad tienden, con el tiempo, a adoptar conductas agresivas; por lo general, los violadores han sufrido vejaciones en su infancia.

Lo que se busca con la investigación es determinar si existen o no diferencias entre los menores que recibirán el programa en cuanto a su manejo en la resolución de conflictos en los índices de violencia marcados al inicio del programa.

3. Marco teórico

3.1. La violencia

Conceptualizar la violencia es una labor compleja. Anceshi (2009, citado por Rodríguez, 2013) asegura que esta dificultad reside en el hecho de que la violencia puede adquirir diferentes acepciones de acuerdo con la perspectiva con que es abordada. Esto quiere decir que la definición que se le dé desde el punto de vista moral no será la misma que se le otorgue desde un punto de vista jurídico; de la misma manera, lo que sobre ella dirá un civilista no es igual a las palabras que le dedicará un sociólogo. Domenach et al. (1981) se asombró de que una cuestión tan antigua, tan antigua como el mundo mismo, siguiera causando entre los estudiosos un interés tan actualizado como el que se refleja en este problema para hallar un consenso en cuanto a su definición.

A este respecto, González (2000, citado por Cuervo, 2016) señala:

La violencia puede ser pensada como un concepto histórico. En toda su trayectoria como fenómeno estudiado no es posible atribuir la consecución de su definición unívoca desde alguna disciplina específica, más bien lo que se ha logrado es la superposición de perspectivas teóricas, que infructuosamente han tratado de capturar o explicar en un concepto dicho fenómeno (p. 79).

De ahí que Sémelin (1983, citado por Cuervo) advierta que quien pretenda definir la violencia debe decir antes qué entiende por ella. En este mismo sentido, Mullendre (1996, citado por Rodríguez, 2013) señala que la palabra violencia transmite una idea incompleta, dado que

esta puede tomar diversas formas que en su combinación den lugar a la intimidación, humillación o control.

El concepto de violencia presenta una multiplicidad de sentidos porque alude a una variedad de hechos, situaciones o acciones. Esto conduce a una vaguedad en relación con el significado del término. En este sentido, Carabajal (2010), advertirá que “el primer paso consistirá en sostener que las distintas afirmaciones sobre la violencia no son meras tautologías, sino que se distinguen desde el punto de vista extensional, es decir, a partir de sus distintos referentes” (p. 20).

De la pluralidad de sus formas habló también Domenach et. al. (1981), al decir que lo que hoy se llama violencia se cristaliza progresivamente en tres principales aspectos. En primer lugar, el aspecto psicológico, que se refiere a una explosión de fuerza que cuenta con un elemento insensato y con frecuencia mortífero; como segundo aspecto, el moral, referido al ataque a los bienes y a la libertad de otros. El aspecto político es el tercero y hace referencia al empleo de la fuerza para conquistar el poder o dirigirlo hacia fines ilícitos.

Por otro lado, con ánimo más englobador, la OMS (2002) define así la violencia:

Es el uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones. Incluyendo la intencionalidad de producir daño en la comisión de estos actos (p. 3).

Esta definición intenta comprender tanto la violencia interpersonal como el comportamiento suicida y los conflictos armados. Se propone cubrir, asimismo, una gran variedad de actos que van más allá del acto físico, como las amenazas e intimidaciones, ya mencionadas previamente por Mullendre (1996, citado por Rodríguez, 2013). Además de la muerte y las lesiones, la definición propuesta por la OMS abarca igualmente numerosas consecuencias del comportamiento violento, a menudo menos notorias, como los daños psíquicos, privaciones y deficiencias del desarrollo que comprometen el bienestar de los individuos, pero también, en un sentido más amplio, del bienestar de las familias y las comunidades.

3.1.1. Una aproximación teórica al concepto

Domenach et al. (1981) hace notar que la violencia, de la que tanto se habla hoy, no llegó a constituirse propiamente en un objeto de reflexión para los grandes filósofos de la tradición occidental hasta que, en el XIX, Georges Sorel hizo de ella el centro de su estudio. “Si llegamos a discernir las razones de esta cuasi-ocultación de la violencia, probablemente comprenderemos mejor las razones de su revelación, de su explosión actual y, a partir de allí, de su naturaleza profunda” (Domenach et al., 1981, p. 33).

Que Sorel haya destacado por especialización en el estudio de la violencia no indica, por cierto, que con anterioridad no hubiera habido antecedentes en aquel estudio o adelantos en su conceptualización. Mucho antes, un célebre fragmento de Anaximandro ya se refería a la violencia: “De allí de donde las cosas se engendran, hacia allí deben también perecer según la necesidad, pues unas a otras se administran castigo y expiación por su injusticia, según el tiempo

fijado”. Asimismo, la cosmogonía griega ha proclamado, en voz de Heráclito, que “la violencia es padre y rey de todo”. A Sócrates, por su parte, lo irritaba el abuso de poder y el abuso de lenguaje, por considerarlos “obstáculos a la razón, a la belleza y a la armonía”. La violencia, en aquel entonces, se condenaba por sus consecuencias, todavía no en sí misma. El problema de la violencia reaparecerá más tarde, representado por la tragedia. La violencia se manifiesta allí con las formas de la venganza, de la cólera, de los múltiples excesos de la pasión. (Domenach et al., 1981, p. 33). Hasta finales del siglo XVIII, en la cultura occidental la cuestión de la violencia tomó, como se ve, un carácter alusivo.

Como señala Domenach et al. (1981), es el progreso del espíritu democrático el que crea el escenario para la aparición del concepto moderno de violencia, al tiempo que lo dota de un matiz peyorativo. A partir del momento en que a cada persona se le reconoce la categoría de ciudadano, la violencia es ahora un fenómeno que tiene relación con la libertad y que no solo puede ser combatido y superado, sino que debe serlo.

La mayoría de las reflexiones señalan los siglos XVIII y XIX como la época de mayor expansión de esta reflexión —y/o del pensamiento sobre la violencia— con autores como Rosseau, Marx y Engels. Partiendo de referencias a algunos autores clásicos pero más recientes como George Sorel, Hobsbawm y Hanna Arendt, varios analistas desarrollan sus reflexiones (Blair, 2009, p. 11).

Esta perspectiva cubre el análisis de las guerras, de los conflictos armados y los estudios sobre el terrorismo, hasta el campo de las relaciones internacionales, pero no sirve para aludir a otras formas de violencia. En esta misma dimensión también cabe incluir también a la

polemología, fundada en Francia por Gastón Bouthoul, en los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial. Esta es definida como el estudio de las dos caras de la oscilación fundamental de la vida de las sociedades organizadas, es decir, la guerra y la paz. Es definida también, de manera más general, como el estudio de los conflictos y de la violencia vinculada a la vida de los hombres y de los grupos.

Por esta vía se han dado también una serie de interpretaciones sobre la violencia, aunque en el marco específico de las guerras. Pero cuando la violencia se asume en su dimensión social (y no siempre es fácil diferenciar ambas esferas), el análisis de la violencia se hace más complejo y es más difícil encontrar aproximaciones comunes sobre sus orígenes, causas, manifestaciones y soluciones (Blair, 2009, p. 12).

Hegel fue el primer filósofo que integró la violencia no solo en la racionalidad de la historia de las sociedades, sino en el origen de la conciencia. El alemán no rechaza la violencia; mediante la dialéctica del amo y del esclavo, la integra en el desarrollo humano. Mismamente, considera la guerra como una forma normal de relación entre Estados. Por cierto que no enaltece la violencia; para Hegel, el trabajo, la cultura, constituyen expresiones y relaciones más satisfactorias; aun así, la violencia queda justificada en la medida en que, paradójicamente, se presenta como una condición previa necesaria para la humanización de las relaciones interpersonales e internacionales (Domenach et al., 1981).

El análisis hegeliano seguirá dominando toda una parte de las concepciones contemporáneas de la violencia.

Este análisis obliga, sobre todo si se realiza a través de las categorías marxistas, a plantear el problema de la dualidad de la violencia; positiva o negativa, buena o mala según los objetivos que persigue o, más bien, según las fuerzas históricas que la sostienen. Es conocida la respuesta que dieron Marx y Engels: la lucha de clases es el motor de la historia; no es posible, pues, escapar a la violencia, como no sea evadiéndose hacia las ilusiones de la utopía o de la religión. Pero hay que distinguir entre la violencia de la clase dominante, actualmente la burguesía, que contraria el desarrollo de las fuerzas históricas y la violencia de la clase oprimida, el proletariado, que no la ejerce sino en favor de la emancipación general. Georges Sorel llevará esta oposición a su paroxismo. Para él:

(...) la fuerza es burguesa, la violencia es proletaria; trastocando el vocabulario, haciendo el elogio de la violencia, quiere invertir la situación: desenmascarar el uso "natural" de los medios de dominación que han cesado de escandalizar porque se amparan en la legalidad, en la costumbre y en la moral, y rehabilitar los a medios de la fuerza cuando se emplean abiertamente (Domenach et al., 1981, pp. 37-38).

Esta dialéctica, que justificaba entonces la huelga general, abrió el camino para innumerables proclamas, discusiones y obras teatrales y románticas. A este respecto, tal era el problema planteado a principios y ya bien entrado el siglo XX. Se encuentra en Malraux, en Sartre y en Camus (Domenach et al., 1981).

Llegados a este punto, se hace preciso ampliar la concepción de violencia de George Sorel. Para este autor, la lucha de clases es la esencia del socialismo y hallará su expresión por medio de la huelga general proletaria. Su teoría sobre los mitos tiene en cuenta los sentimientos

de las masas para luego modificarlos con imágenes sugestivas a modo de expresiones de voluntad. La huelga general obra como mito y determinados mitos, según el filósofo francés, son necesarios para la revolución social, toda vez que “ciertas construcciones de un porvenir indeterminado en el tiempo pueden poseer gran eficacia y muy pocos inconvenientes” (Sorel, 1973, p. 178). Lo que pretende el autor es echar abajo cualquier estructura economicojurídica por medio de la violencia proletaria. A la idea de progreso legada por la Ilustración, Sorel contrapone la de catástrofe. Si la teoría de los mitos es el motor de la revolución social, la violencia vendría a ser su instrumento (Sorel, 1973).

Jean Claude Chesnais, en su libro *Histoire de la violence*, afirmó que, en sentido estricto, la única violencia medible e incontestable es la violencia física. Es el ataque directo, corporal, contra las personas. Esta violencia reviste tres caracteres: brutal, exterior y doloroso. Lo que la define es el uso material de la fuerza, la rudeza voluntariamente cometida en perjuicio de alguien. El más pequeño denominador común a la medida global de la violencia, a través del tiempo y el espacio es, en este orden de ideas, la muerte violenta, que tiene tres fuentes: el crimen, el suicidio o el accidente. Esas son las tres caras de la violencia para las cuales la clasificación es universal. Puesta en otras palabras, la característica principal de la violencia es la gravedad del riesgo que ella hace correr a la víctima; aquí es la vida, la salud, la integridad corporal o la libertad individual la que está en juego. Chesnais considera que hay abuso del lenguaje al hablar de violencia contra los bienes. Concluye diciendo que la violencia trasciende las formas de la vida política y hunde sus raíces más profundamente en la cultura (Martínez, 2016).

Para Alain Pessin, por su parte, la violencia está siempre presente en la vida social. Lo que sucede, más bien, es que ciertos períodos históricos reactualizan la violencia. Sabemos, dice, que la violencia no se recuerda sino cuando se sale de control y que no tenemos conciencia de ella hasta que se vuelve problema; es cuando la violencia está mal negociada que ella se precipita y puede aparecer bajo una forma súbita y, particularmente, brutal. “Se pregunta: ¿dónde?, ¿a partir de qué podemos tener la impresión de hablar con propiedad de exceso de violencia siendo que la violencia es en sí misma un exceso?” (Blair, 2009, p. 12).

Sémelin, según registra Blair (2009), propone tres categorías que ayudan a diferenciar cuantiosas formas de la violencia, aunque aclara que, de todos modos, ellas no permiten comprender ni explicar los mecanismos y las funciones de la violencia. Estas categorías son: a) diferenciar entre la violencia de la sangre de aquella que Galtung llamaba la violencia estructural, contenida en situaciones de miseria y opresión; b) la violencia cotidiana, integrada en nuestra forma de vida y, por último, c) la violencia espectáculo, que atrae la mirada y, a su vez, la desaprobación y que caracteriza buena parte de la ambivalencia de la violencia que por un lado asusta, pero que por otro fascina.

Desde una perspectiva psicosociológica, el alemán Otto Klineberg expone la necesidad revisar la historia antes de pronunciarse sobre la violencia en la época contemporánea. La sociedad contemporánea siente estar viviendo una época de violencia excepcional; no obstante esto, bastaría una mirada al pasado para comprobar que las generaciones anteriores hubieran podido llegar, bajo sus propias circunstancias, a la misma conclusión. Es así que Klineberg propone, pues, una lectura crítica sobre diferentes aproximaciones en el terreno de la psicología

social. “Como sabemos, el término *agresividad* —conexo al de violencia— ha sido objeto de numerosas y largas discusiones, sin que haya sido posible un acuerdo sobre su definición. Para algunos, la agresividad humana se define como una actitud que se caracteriza por el ejercicio de la fuerza contra las personas y/o los bienes en el propósito de herir o destruir” (Blair, 2009, p. 14).

Para Murphy, por otra parte, la agresividad puede recubrir toda la gama de actitudes de hostilidad con la cual son ejecutados los actos.

Sobre la concepción de violencia que tiene Murphy, Blair (2009) recoge:

La amplitud del concepto es incluso más vasta que el término violencia que, en esta perspectiva, es sólo una forma de la agresividad. Dentro de esta perspectiva psicosociológica hay también diferenciación en los analistas entre violencia individual y violencia colectiva. Mientras la primera engloba el homicidio y convoca la atención de juristas y criminólogos, la segunda alude a los levantamientos populares y las revoluciones que preocupan a sociólogos, historiadores y politólogos. Apoyado en Ted Gurr, concluye que la naturaleza no nos impone ninguna aptitud a la violencia, son las circunstancias sociales las que determinan el pasaje al acto y sus modalidades. La violencia es un comportamiento adquirido; ella no es, pues, ni inevitable ni instintiva. Es imposible encontrar una causa única a todas las formas de violencia; nos encontramos, en efecto, frente a un fenómeno multidimensional (p. 15).

Apoyado en Konrad Lorenz, Murphy insiste en hacer una distinción entre violencia y la agresión animal, que no se produce sino dentro del equilibrio ecológico y que, en rigor, a pesar

de sus formas, no debería ser denominada violencia. Solo el hombre tiene la capacidad de ejercer su fuerza contra él mismo y de destruirse. Tal como lo muestran los filósofos modernos —desde Hegel hasta Sartre, pasando por Nietzsche—, la violencia no solo está relacionada con bienes del hombre o a su cuerpo, sino a su ser. Murphy concluye que es inútil buscar una respuesta categórica en filosofía o en moral a este problema planteado por la violencia; por su aspecto ontológico, para él la violencia es inherente a la condición humana (Martínez, 2016).

El senador de los Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX, Thomas Platt se interrogó también por el concepto de violencia y, al comprobar su uso extendido, da cuenta de esa realidad al afirmar que a medida que el término se hace más extenso, su intensidad disminuye. En otras palabras: que, a medida que aumenta el abanico de significados de un término, su fuerza descriptiva se reduce. Según Blair (2009), esto es lo que podría haber estado ocurriendo en Colombia, donde —en virtud de su uso extensivo— la palabra violencia cada vez *significa* menos. Eso podría explicar, al menos en parte, los problemas locales a la hora de establecer una conceptualización.

Las palabras son un medio fundamental para edificar el mundo. En este marco, Platt adelanta su argumentación en el sentido de que el término violencia puede surtir ese efecto en el pensamiento social contemporáneo. Al interrogarse *¿qué es la violencia?*, señala haber recabado al menos siete acepciones del término. Estas acepciones van desde la precisión de “fuerza física empleada para causar daño”, hasta la metáfora que supone decir que se trata de una “energía natural o física o fuerza en acción”, sin dejar de lado la ambigüedad de “uso injusto de la fuerza o el poder” (Blair, 2009).

Platt, pues, se remite a la etimología de la palabra. “Violencia” se deriva del latín *vis* (fuerza) y *latus* (participio pasado del verbo *ferus*: llevar o transportar). En su sentido etimológico, la violencia es llevar la fuerza a algo o alguien, lo que resulta reduccionista cuando de desenmarañar la utilización generalizada del término se trata. Señala, por ejemplo, que la palabra en cuestión acarrea una connotación condenatoria que no se halla en el término *fuerza*. “Tanto en la teoría moral como en la conversación cotidiana, la distinción entre fuerza y violencia se entiende claramente: la fuerza es algo siempre de lamentar, pero, en algunas circunstancias, es permisible” (Blair, 2009, p. 20).

La palabra *fuerza* no lleva implícito un juicio de condenación como sí lo hace la palabra *violencia*; la violencia, por definición, es mala para Platt. Descriptivamente, la violencia puede referirse a la fuerza física empleada para causar daño, pero al pasar de un nivel puramente descriptivo a uno moral, la palabra denota el uso éticamente inaceptable de la fuerza física para dañar otra persona. Este uso sirve para entender que la violencia tiene una connotación moral que trasciende el carácter de violencia política, social, sexual y que, más bien, en su sentido ético, las contiene a todas. Parecería ser, de esta forma, que la dificultad de conceptualizar la violencia es, en efecto, “consustancial” al término mismo. Es más fácil describirla que explicarla o teorizar sobre ella o incluso lograr una conceptualización que responda a las diferentes realidades donde esta se presenta (Lidke et al., 1992).

La antropología ofrece uno de los mejores aportes en cuanto a la conceptualización de la violencia. En cabeza de Georges Balandier, uno de los fundadores de la antropología política, estos autores presentan lo social como aquello que se deriva de la domesticación de la violencia.

Para ellos, toda institución es una forma de regularla; insisten en la naturaleza de los ritos, normas y símbolos que, al domeñar la violencia, hacen posible la vida en sociedad.

El origen del derecho y la fundación y legitimación de los poderes ha sido la operación simbólica por excelencia para dominar la violencia por medio de las técnicas, las normas y los ritos. Sus estudios antropológicos van encaminados a descubrir y seguir la manera como se constituyen los procesos sociales de legitimidad política y cómo los conflictos sociales se convierten en conflictos políticos, esto es, conflictos regulados. En esta mirada antropológica, es crucial el pensamiento de René Girard, quien, por su parte, quiere mostrar cuál ha sido el rol de la violencia en la historia y en la evolución de las sociedades humanas, al tiempo que muestra cómo la institución es un medio de domesticar, disimular y controlar la violencia, siempre presente en la vida social (Lidke et al., 1992).

Francés y especialista en sociología política latinoamericana, Daniel Pécaut es de la opinión de que tal vez resulte inoperante buscar construir una teoría de la violencia o de la represión. Si hay un lugar donde podemos elaborar una interpretación de los fenómenos represivos o violentos, es dentro del marco de las teorías sobre los métodos de producción, el Estado y la política. Sin embargo, aun allí ambos términos, violencia y represión, aparecen polivalentes. En terrenos políticos, la represión hace referencia a una relación vertical y con agentes identificables: ley, policía, clase dominante; por otro lado, la violencia se inscribe dentro de las “relaciones horizontales de dominación dentro de lo social y remite a una cierta crisis de los puntos de referencia donde se diluyen las fronteras de lo legal y lo ilegal, de lo público y de lo privado, de la conformidad y de la revuelta” (Blair, 2009, p. 18).

3.1.2. Tipos de violencia

Establecer una taxonomía de la violencia es tan complejo como definirla, no ya por la indefinición sino por la amplitud de las clasificaciones y los términos que las motivan.

En el informe de la OMS (2002) se establece una tipología de la violencia que distribuye los comportamientos violentos en categorías, dependiendo de quién ha cometido el acto, quién es la víctima y a qué tipo de violencia ha sido sometida. Las tres categorías son las siguientes:

3.1.2.1. Violencia interpersonal

Hace referencia a los actos violentos cometidos por un individuo o un pequeño grupo de individuos y comprende la violencia juvenil, la violencia contra la pareja, otras formas de violencia familiar como los maltratos de niños o ancianos, así como las violaciones y las agresiones sexuales por parte de extraños y la violencia en entornos institucionales como las escuelas, los lugares de trabajo, los hogares de ancianos o los centros penitenciarios:

La violencia interpersonal cubre un amplio abanico de actos y comportamientos que van desde la violencia física, sexual y psíquica hasta las privaciones y el abandono. Las diferentes formas de violencia interpersonal comparten numerosos factores de riesgo subyacentes comunes (OMS, 2002, p. 4).

Algunos se relacionan con características psíquicas y de conducta; otros están ligados a experiencias, como la falta de lazos emocionales y de apoyo, el contacto temprano con la violencia en el hogar y las historias familiares o personales marcadas por divorcios o separaciones. “El abuso de drogas y alcohol se asocia con frecuencia a la violencia interpersonal

y, entre los factores comunitarios y sociales más importantes, destacan, además de la pobreza, las disparidades en los ingresos y las desigualdades entre los sexos” (OMS, 2002, p. 5).

3.1.2.2. Violencia colectiva

Se refiere, como la OMS (2002) registra, “al uso instrumental de la violencia por personas que se identifican a sí mismas como miembros de un grupo frente a otro grupo o conjunto de individuos, con el fin de lograr objetivos políticos, económicos o sociales” (p.6). La violencia colectiva adopta diversas formas: incluyen conflictos armados dentro de los Estados o entre ellos, actos de violencia perpetrados por los Estados, terrorismo y crimen organizado.

Lo mismo que con otros tipos de violencia, los conflictos que se contienen dentro de esta categoría se asocian también a diversos problemas de salud, como depresión y ansiedad, conductas suicidas, abuso del alcohol y trastornos por estrés postraumático. Entre los grupos más vulnerables a las enfermedades y a la muerte en tiempos de conflicto se cuentan los lactantes y los refugiados (OMS, 2002).

Entre los factores que entrañan un riesgo de que estallen conflictos violentos figuran: la ausencia de procesos democráticos y la desigualdad en el acceso al poder; las desigualdades sociales, caracterizadas por grandes diferencias en la distribución y el acceso a los recursos; el control de los recursos naturales valiosos por parte de un solo grupo; los rápidos cambios demográficos que desbordan la capacidad del Estado para ofrecer servicios esenciales y oportunidades de trabajo (OMS, 2002, p. 7).

Como registra Profamilia (s. f.), la violencia puede estar presente en cualquier ámbito; sea en el doméstico o en el público, el lugar de trabajo, la calle, el transporte público, el colegio, etc.

3.1.2.3. Tipos de violencia

A esta diversidad de escenarios corresponden cinco tipos de violencia, que son:

Física. Son todas las agresiones que atentan contra el cuerpo de una persona, bien sea a través de golpes, lanzamiento de objetos, encierro, entre otras conductas que puedan ocasionar daños físicos.

Psicológica o emocional. Es toda acción u omisión destinada a degradar o controlar las acciones, comportamientos, creencias y decisiones de otras personas por medio de intimidación, manipulación, amenaza, humillación, aislamiento, o cualquier conducta que implique un perjuicio en la salud psicológica (Profamilia, s. f., párr. 3).

Sexual. En ella se incluyen todas las relaciones o actos sexuales, físicos o verbales, no consentidos por la otra persona. La violencia sexual puede presentarse tanto hacia hombres como hacia mujeres, utilizando la fuerza o la coacción física, psicológica o cualquier otro mecanismo que anule o limite la voluntad personal de la víctima.

Económica. Ocurre violencia económica cuando se utiliza el dinero como un medio para dominar o establecer relaciones de poder perjudiciales. “Este tipo de violencia se puede manifestar cuando a la persona se le quita el dinero que gana, se le impide gastarlo en beneficio suyo o de su familia, o se le niega el dinero para controlar su independencia” (Profamilia, s. f., párr. 5).

De género. Son los actos violentos contra una persona debido a su sexo o preferencia sexual. En muchos casos, son actos que se ejercen contra las mujeres y están vinculados al control que algunos hombres creen tener sobre ellas sacando provecho, por lo general, de condiciones de indefensión, desigualdad y poder. También puede ocurrir contra hombres que se salen del rol masculino culturalmente aceptado (Profamilia, s. f.).

Con respecto a este último tipo de violencia, el Ministerio de la Protección Social (2010) amplía:

La violencia basada en género se puede manifestar a través de la violencia intrafamiliar o doméstica, la violencia de pareja o conyugal, el maltrato infantil y las distintas formas de violencia sexual. Se puede presentar mediante formas sutiles como comentarios o chistes irrespetuosos hacia las mujeres, maltrato psicológico y agresión por parte de las autoridades o dentro de los lugares de estudio o trabajo y otros espacios de socialización. También puede manifestarse de otras maneras, como la violencia física, y llegar hasta casos de acoso sexual, explotación, trata de mujeres, violación sexual y utilización del cuerpo femenino como territorio de guerra dentro de los conflictos armados. La violencia basada en el género se da en cualquier espacio, sea público o privado, por particulares o por agentes del Estado. Puede ocurrir en la calle, en el trabajo, en el centro de salud, clínica u hospital, en la escuela y en las instituciones. (Ministerio de la Protección Social, 2010, p. 28).

Iborra y Sanmartín (2011) también construyen varias clasificaciones donde incluyen, entre otras, las siguientes categorías:

Violencia doméstica. Es aquella que ocurre entre quienes habitan en una misma casa o forman parte de un hogar. Esta, a su vez, puede dar lugar a otros tipos de violencia, como la violencia de género, ya expuesta con anterioridad, o el maltrato infantil, que consiste en cualquier acción y omisión intencional que causa un daño o puede causarlo a un menor (Sanmartín, 2008, citado por Iborra y Sanmartín, 2011). Si bien puede tener lugar en diferentes contextos o escenarios, el más importante es, a no dudarlo, la familia. Es debido a ello que es común utilizar los “maltrato infantil” y “maltrato infantil intrafamiliar” como sinónimos (Iborra y Sanmartín, 2011).

Violencia escolar. Según Iborra y Sanmartín (2011), “es toda aquella que ocurre en las instalaciones escolares, en sus alrededores o en actividades extraescolares. Incluye la violencia cruzada entre profesores y alumnos (especialmente de estudiantes a profesores) y la violencia entre compañeros” (p. 28). Con frecuencia la violencia entre alumnos es infligida por un agresor más fuerte que la víctima y se reitera con carácter intimidatorio. En tal caso, se habla de acoso escolar. Como afirman Iborra y Sanmartín (2011), el acoso escolar es una suerte de tortura en la que el agresor sume a la víctima, a menudo con el silencio o la complicidad de otros compañeros. “Esto tiene como consecuencia que la víctima sufra graves problemas psicológicos y que llegue a albergar, incluso, ideas suicidas” (Sanmartín, 2006, citado por Iborra y Sanmartín, 2011, p. 28).

El acoso escolar, sin embargo, pertenece a una categoría anterior, que sirve particularmente a los intereses de este trabajo y que fue expuesta por la Unicef (2006), como sigue:

Violencia contra niños y niñas. Incluye el abuso y maltrato físico y mental, el abandono o el tratamiento negligente, la explotación y el abuso sexual. “La violencia puede ocurrir en el hogar, las escuelas, los orfanatos, los centros residenciales de atención, en las calles, en el lugar de trabajo, en prisiones y establecimientos penitenciarios” (Unicef, 2006, p. 1). En este sentido, puede afectar la salud física y mental de los niños, perjudicar su habilidad para aprender y socializar, y, con posterioridad, minar su desarrollo como adultos funcionales y buenos progenitores. En los casos más graves, la violencia contra los niños conduce a la muerte.

Las investigaciones sugieren que, en todo el mundo, el 20% de las mujeres y entre el 5% y el 10% de los hombres sufrieron durante la infancia abusos sexuales. En Asia, al menos 60 millones de niñas han “desaparecido” debido a la selección prenatal del sexo, el infanticidio o el abandono. En el Caribe, por otro lado, un 96% de las personas dedicadas a la atención a la infancia entrevistadas creían que el castigo corporal refleja que los padres y madres están “lo bastante atentos como para invertir tiempo en formar adecuadamente a sus hijos” (Unicef, 2006, p. 1).

3.1.3. Causas de la violencia

3.1.3.1. Diálogo de causas

Tratar de plantear, a la altura de este trabajo las causas de las violencias, para luego determinar sus efectos, es una labor que no puede concebirse de forma lineal (Laborit, 1981); es decir, que un evento tan multifacético —cual es la violencia— no supone unos elementos inamovibles que la hagan funcionar (OMS, 2002). Sin embargo, es el mismo Laborit (1981) quien considera que la agresividad es una ultracausa para producir unos efectos violentos. Al

respecto, asegura: “La agresividad es entonces la característica de un agente capaz de aplicar esta energía contra un conjunto organizado, aumentar el desorden en el mismo, disminuyendo su información, su puesta en forma” (Laborit, 1981, p. 47) y agrega: “La agresión no puede ser un concepto unitario, pues los mecanismos que se hallan en el origen de la liberación energética desestructurante son variados” (Laborit, 1981, p. 47).

3.1.3.2. Elementos de riesgo

Para delimitar las causas, de forma más tangible, Rubio, Chávez y Rodríguez (2016) afirman que existen unos elementos de riesgo que van a facilitar la forma en que la violencia se desarrolle:

Personal. Aquí se incluyen factores biológicos, contextos donde hay aproximación temprana a violencias, el nivel socioeconómico y educativo donde se hallen los actores sociales y también el abuso de sustancias alcohólicas y drogas. La OMS (2002) agrega en este rubro las características demográficas y trastornos psíquicos.

Hogar. Que incide dependiendo del tamaño de este, “su densidad, la estructura, dinámica y normas del hogar, así como antecedentes de violencia en el mismo” (Rubio, Chávez & Rodríguez, 2016, p. 89). Se tienen en cuenta “factores como el hecho de haber sufrido castigos físicos severos durante la infancia, la falta de afecto y de vínculos emocionales, la pertenencia a una familia disfuncional, el tener amigos delincuentes o los conflictos conyugales o parentales” (OMS, 2002, p. 4).

Comunidad o social. Aquí se encuentra la desigualdad, mercados de armas y drogas, violencia que se genera a partir de los medios de comunicación, responsabilidades de las instituciones para el control y, por último, la historicidad violenta de cada entorno (OMS, 2002).

Vale decir, bajo estos enunciados, que cada elemento de riesgo que expresan Rubio, Chávez y Rodríguez (2016), llevan en sí mismas unas causas particulares para cada violencia —sin ignorar ya lo expuesto arriba por Laberit (1981)—. Es por ello que los contextos sociales empujan unas luchas particulares para hacer fluir una forma de violencia que se reproduce y que puede ser, en muchos casos, armada y que, por lástima, se transforma en una lucha de clases en contra de una imposición capitalista (Joxe, 1981).

En este mismo orden de ideas, Bourdieu (2000) y Rubio, Chávez y Rodríguez (2016) expresan que la violencia simbólica parte desde una estructura del conocimiento, un discurso y la forma en que este se permea en las esferas sociales, que desean establecer una manera de dominación de una clase sobre otra. Desde ahí, entonces, que “donde se monopoliza la construcción de creencias acerca de cómo y por qué se presentan ciertos tipos de acciones por parte de la clase dominante sobre la dominada, perdiendo esta última a su vez el poder para construir símbolos” (Rubio, Chávez & Rodríguez, 2016, p. 89).

Klineberg (1981) distingue entre violencia y agresión, para explicar que la violencia es un factor humano, no animal, toda vez que el aprendizaje es un elemento de la humanidad y las violencias pueden ser aprendidas; asunto que no está en contradicción con lo expuesto por Rubio, Chávez y Rodríguez (2016) en los factores que antes se mencionaron. Klineberg (1981) afirma que “la violencia no es universal, ni inevitable, ni instintiva; hay individuos y grupos que

muestran un alto grado de violencia. y otros individuos y grupos que muestran muy poca” (p.

126). Y asegura, desde un espectro psicológico, al hablar de una violencia adquirida, que se halla un aspecto de imitación de los actores:

Un niño puede identificarse con su padre e imitarle; muchas investigaciones indican que la identificación con el padre y con sus valores es importante en el aprendizaje de los tipos de conducta agresiva. Así ocurre en especial en aquellas culturas o subculturas en las que el machismo se considera como una conducta adecuada. incluso como un ideal (Klineberg, 1981, p. 127).

Además, Klineberg (1981), en este mismo orden de ideas, plantea cómo esta imitación también se da con una asimilación que se encuentra en los medios de comunicación: quienes estén más expuestos a violencia televisada —y dadas los distintos elementos de interconexión hoy día— un niño recurre “más a la violencia, a proponerla como solución de un conflicto y a considerarla eficaz” (p. 128) y se plantea una solución contraria: si estos medios podrían ocasionar violencia, también lograrían disminuirla (Liebert, 1974, citado por Klineberg, 1981).

3.1.3.3. Un avistamiento psicosocial

¿Quiénes son más violentos? ¿En qué niveles se hallan más estructuras de violencia? ¿La biología predispone a actos de violencia? A este respecto, Klineberg (1981) establece unos ítems a desarrollar. En ellos se hallan edad y sexo, clase social, raza y grupo étnico, causas biológicas o psicológicas, aglomeraciones excesivas y otras características psicológicas.

En primer lugar, la violencia es más generada, de forma más habitual en hombres que en mujeres. “las presiones culturales y subculturales (machismo, por ejemplo) desempeñan

evidentemente un papel importante” (Klineberg, 1981, p. 187). De esto, por ejemplo, datos en España, en 2017, manifiestan que los homicidios cometidos en ese año, 34 fueron realizados por hombres, frente a solo 5 cometidos por mujeres (La Sexta, 2019); lo cual es, por supuesto, un indicador muestral.

Por otro lado, el aspecto socioeconómico: Klineberg (1981) asegura que los contextos de violencia son más comunes en clases bajas, aunque afirma: “En los grupos que padecen mayor privación, la apatía y la impotencia pueden reducir la violencia” (p. 134); así, pues, se revela un abandonamiento sistemático porque la miseria, tal como asegura Díaz (2012, citado por ONU Noticias, 2012) es ya una violencia: “Poder juntarse y poder decir que la pobreza extrema es violencia porque mata a más personas que todas las guerras del mundo” (párr. 5). En este orden de ideas, se hallan Gómez, López y Tandeoy (2013), quienes consideran que los entornos familiares que se encuentran de forma vulnerable y abandonados socialmente presentan índices de violencia desde su interior hacia afuera.

En relación con el aspecto racial y étnico, Carrano (2019) aduce que, por ejemplo, en EEUU, los índices de negros e hispanos que van a la cárcel superan, tres veces más, a los blancos. Klineberg (1981) afirma, al respecto, que la tasa de homicidios también es mayor en negros, pero que no responde a factores genéticos comprobables, sino, más bien, a condiciones de desigualdad social, económicas y políticas; en otras palabras, estriba estas violencias basadas en prejuicios sistemáticos. “Los factores que contribuyen a la disparidad racial: diferencias raciales en la ofensa; las leyes aparentemente imparciales, pero con efectos raciales dispares –

como el endurecimiento de las leyes contra drogas–; y trato desigual por el sistema de justicia”

(Carrano, 2019, párr. 4).

Por su lado, cuando se habla de causas biológicas que predisponen a personas violentas, se está frente a variables, el estudio presentado por Beller (2010) manifiesta dos orillas al respecto, donde pretende dilucidar que el factor biológico, por un lado, es parte de una experiencia evolutiva:

La violencia y la agresión son, en esa perspectiva, expresiones de fuerzas instintivas. La agresión es un mecanismo evolutivo y por ende ayuda a la conservación del individuo y al proceso de selección de las especies. Efectivamente, la agresión es un fenómeno natural requerido incluso por la vida misma (Beller, 2010, p. 38).

Sin embargo, advierte que “el problema es que no se responde con argumentos morales o con buenos deseos a la realidad y los datos duros proporcionados por las ciencias biológicas y las neurociencias” (Beller, 2010, p. 29).

En este sentido, al preguntar si la gente nace violenta o no, Beller (2010) asegura que sí y no. *Sí*, porque las personas violentas presentan alteraciones neuronales en la amígdala del cerebro o en la parte del cerebro encargada de la toma de decisiones; además, que existe una disminución de la serotonina que predispone a la depresión, lo que los hace irritable y agresores física y verbalmente (Beller, 2010). En cuanto al *no*, Beller (2010) afirma que estos elementos podrían permanecer “latentes toda la vida de un individuo sin producir en él ningún episodio de violencia” (p. 43), y que, por el contrario, un contexto hostil sí reproduce comportamientos violentos de forma más efectiva.

En este mismo orden de ideas, Beller (2010) manifiesta:

Desde esta doble perspectiva y de conformidad con los descubrimientos científicos en las neurociencias, no se podría sostener la tajante versión del ser humano como un ser ajeno, por naturaleza, a la violencia. En cierta medida, estamos inclinados y determinados para el comportamiento violento. Aceptar que es verdad hasta cierto punto que estamos determinados para ser violentos, implica que es, asimismo, falso que estemos completamente determinados a actuar de ese modo. Por supuesto, aquí salta el término ‘determinación’ cuya incidencia en el pensamiento filosófico y científico ha sido motivo de encontrados debates (p. 45).

Klineberg (1981), en cuanto a la aglomeración y violencia, aduce que “la superpoblación ciertamente tiene muchas consecuencias desdichadas. pero hasta ahora no se ha probado que la violencia sea una de ellas” (p. 135); sin embargo, la sobrepoblación de sectores, en algunos casos —como las cárceles o desplazamientos—, está dado en un círculo de pobreza que, a su vez, genera violencia y más sobrepoblación (Becerril, 2016; Schuster, 2017; Jusidman, Carreón & Camas, 2016; González, 2017).

3.1.4. Efectos de la violencia

Para atender este apartado, Galtung y Fischer (2013, citado por Rubio, Chávez & Rodríguez 2016) abordan seis dimensiones a tener en cuenta en el discurso de los efectos visibles e invisibles de la violencia: naturaleza, seres humanos, sociedad, mundo tiempo y cultura.

En primer término, en la naturaleza aparecen la contaminación y agotamiento de recursos materiales; además existe un daño a la diversidad y simbiosis. Por su parte, desde lo elementos

no tangibles, hay menos respeto por el medio ambiente y se refuerza el discurso de “hombre por encima de la naturaleza” (Rubio, Chávez & Rodríguez, 2016, p. 90).

Entre los seres humanos, los efectos tienen que ver con las formas somáticas y psicosomáticas. De un lado, se hallan las muertes, heridos, violados y desplazados y el número que los cataloga (*¿cuántos son?*). Además, se configuran formas espirituales (psicosomáticas): traumas a causa del duelo, deseos de venganza, odio sostenido, adicciones de todo tipo y deseo de victorias constantes.

En relación con la sociedad en general, la violencia se tipifica visiblemente en el daño material que se hacen a edificios y estructuras, pero este daño también trasciende a lo intangible, aunque a lo manifiesto: daño en las estructuras culturales y sociales, que tienen que ver con la forma con estructuras ocultas o manifiestas de represión que se hallan en los países que son liberados a través de la violencia (Rubio, Chávez & Rodríguez, 2016); de igual forma, se refiere a un crecimiento social de la violencia —puesto que se justifica— y crea un impacto sostenido en el tiempo.

En cuanto al mundo, se manifiestan tal como en el párrafo anterior: se sostienen daños materiales, se materializan las brechas culturales y se socavan infraestructuras físicas e inmateriales.

De otro lado, acerca del tiempo, se configuran violencias retrasadas que permanecen para transmitir otras violencias. Asimismo, se hallan minas terrestres y se afecta, en muchos casos, la genética y la forma de enfrentarse al futuro. De igual forma, se transfieren estructuras y culturas a otras generaciones, y se desarrollan traumas o glorias a lo largo del tiempo.

Por último, desde la dimensión cultural —aunque se ha abordado en las otras dimensiones— se hace un daño irreversible hacia la herencia humana; se enquistaba una violencia cultural del trauma o de la gloria —sea cual sea el caso—, y se desarrolla la incapacidad para una correcta resolución de conflictos.

Aparte de las ya nombradas, Buvinic *et al* (2005, citado por Rubio, Chávez & Rodríguez, 2016) también habla de los costos económicos que suponen las violencias; los divide así: primero, directos o monetarios, que, como efecto, tiene que ver con el valor de los bienes y servicios que se aplican para prevenir la violencia —en cualquier momento—, apelar a la restitución económica de las víctimas y sus procesos de vida y, por último, los procesos en contra de los victimarios. De otro lado, se encuentran los no monetarios, que tiene que ver con el impacto a la salud de las personas que generan mayor muerte, suicidios, problemas psicológicos y psiquiátricos, adicciones y desórdenes sociales.

Posteriormente, se hallan ciertos multiplicadores: los económicos y sociales. En los primeros, “hay menor acumulación de capital humano, menor tasa de participación menor tasa de participación laboral, mayor ausentismo y menores ingresos” (Rubio, Chávez & Rodríguez, 2016, p. 91). En relación con los multiplicadores sociales, se halla la extensión de “la violencia del aprendizaje, la erosión del capital social, calidad de vida reducida y disminución en la participación social en los procesos democráticos” (Rubio, Chávez & Rodríguez, 2016, p. 91).

3.2. Legitimación de la violencia

A la altura de este trabajo, luego del recorrido que se ha trazado, vale la pena dialogar acerca del discurso que le da validez a la violencia, indistintamente del contexto y sea cual sea el

tipo de violencia que se ejerce. Ya Martínez y Amar (2016) dialogaban acerca de que si la violencia está dentro de la naturaleza humana, pero que esta declaración podría parecer reduccionista a la complejidad que supone. Quizás tal como afirma Beller (2010) hay una contrapartida en relación con la violencia y que, tal como afirman Martínez y Amar (2016) la realización de estudios en todos los campos del saber alimenta, por así decirlo, el refuerzo del origen de la violencia y cómo incide en la sociedad.

3.2.1. Definición

La RAE (2014) nos indica que *legitimación* viene del verbo *legitimar* que en una segunda acepción significa: “Probar o justificar la verdad de algo o la calidad de alguien o algo conforme a las leyes” (párr. 2); es decir, que su carácter denotativo indica una prueba o justificación de algo, o la validación de algunos fenómenos debido a circunstancias que parecen legales.

Martínez y Amar (2016) parecen coincidir cuando afirman que “las normas se generan con el propósito de mantener el orden social en la búsqueda del bienestar común” (p. 21), y es ahí, donde se desarrolla una regulación que sea efectiva de tipo institucional, a través de las normas y de las autoridades impuestas (Martínez & Amar, 2016).

De esta forma, en la sinergia sintáctica que supone este discurso, la legitimación de la violencia supone que existen circunstancias alrededor de la violencia que la hacen *legítima* dentro del imaginario colectivo para poder enfrentar algunas situaciones sociales particulares. De esto, López (1996) afirma: “La necesidad de la violencia parece obvia, aunque repugne a nuestra conciencia moral” (p. 73); y continúa: “En efecto, la violencia, si bien horroriza las conciencias,

goza de cierta aquiescencia social, de acuerdo con los objetivos que se le supone poder alcanzar solo por su medio, de modo que, según de qué «lado» (...) se esté, quedará legitimada” (López, 1996, p. 74).

Al respecto, Barreto, Borja, Serrano y López-López (2009) aducen que “el concepto de legitimación ha sido relacionado con el poder político, en la medida en que los que lo ostentan buscan un consenso que guarde la obediencia de las personas e instituciones” (p. 738). En este mismo orden de ideas, Serrano (1994) y López (2017) mencionan a Weber para afirmar que la legitimidad estriba en una creencia social que propugna por un orden particular y que incluye a gran número de actores sociales y que, además, se interconectan conflictos de valores para determinar qué no podría considerarse legítimo.

López (1996) al hablar de la ética de violencia afirma que esta afecta la cultura, toda vez que es una manifestación muy habitual y sostenida de la sociedad; al tenerla normalizada, la violencia vive también en constante transformación, muta la forma en que se le nombra, se oculta, llama la atención, incluso, “preocupa y llega a angustiar e incluso matar” (p. 25).

Se ha dicho que la legitimación se relaciona con el poder político, y esto es así porque los individuos deciden que hay unas normas que deben obedecer para que haya una estabilidad y que pueda haber disminución de medidas de presión social (Barreto, Borja, Serrano & López-López, 2009). Sin embargo, los desacuerdos de estas normas y de lo que parece legítimo, cuando hay una realidad en la que algunos se vislumbran como oprimidos, crea, como efecto contrario, un proceso de desestabilidad —de “vulneración de las normas” (Martínez y Amar, 2016, p. 22)— y

donde se emprende un camino de legitimación de unas luchas que, en muchos casos, valida formas violentas.

De esta forma, la legitimación de la violencia se nutre a partir de un avistamiento de normas que parecen injustas para algunos y que repercuten en la forma de tomar un cambio para un beneficio:

Estas creencias sirven tanto para la formación de la identidad del grupo como para el enmarque del adversario, promoviendo y legitimando acciones políticas que pueden caracterizarse por el empleo sistemático de la violencia, como medio para transformar la estructura política de una sociedad (Barreto, Borja, Serrano & López-López, 2009, pp. 738-739).

Fernández (2009) y Galtung (1990), citados por Martínez y Amar (2016), refuerzan esta idea cuando aseguran que la legitimación de la violencia estriba en la deconstrucción de normas establecidas y validadas que proyectan al uso de la *justicia propia* o de la violencia. En este nivel de cosas, incluso, se aprecia que la violencia es apenas obvia o justa (Martínez y Amar, 2016). Asimismo, si estas estructuras se mantienen, a lo largo del tiempo, los entornos sociales crean una “memoria de violencia” que direcciona el presente y futuro de los actores que han sufrido; el alcance de la violencia no se acaba cuando se detiene un hecho que lo detona, sino que viaja más allá de los eventos que la originaron y se extiende hasta hacerla legítima (Reig, 2009).

3.2.2. Violencia y moral

La legitimación de la violencia se da de forma sistemática. Esta se va desarrollando en la medida de una naturalización colectiva que toma tiempo: “Se requieren proceso de

internalización a nivel individual y de institucionalización a nivel social”, aseguran Martínez y Amar (2016, p. 23).

Martínez y Amar (2016) utilizan el concepto de desconexión moral, expuesto por Bandura, para explicar de qué forma se naturalizan y justifican actos que pueden ser despreciable, por ejemplo, la violencia. Se tomarán en cuenta los ocho mecanismos de defensas que Martínez y Amar (2016) han desarrollado para establecer la ruta moral que construye la violencia:

Justificación. En esta se asume un intercambio entre lo reprochable y lo honorable; es decir, se pretende justificar un acto nocivo asumiendo que este tiene una razón razonable de ser; de esta forma, “se va haciendo cada vez más sencillo convertir la violencia en actuaciones moralmente defendibles” (Martínez & Amar, 2016, p. 25).

Eufemismos. Su intención es darle un enfoque lingüístico que parezca menos dañino de lo que en realidad suponen. Los eufemismos sirven para nombrar a las cosas de una forma que no se supongan agresivas.

Comparación. Es una falacia argumentativa porque se busca comparar una conducta con otra, para sopesar que el acto hecho es una conducta menos grave (Díaz, 2009). De esta forma, “cuanto peor sea el acto con el que se compara, más benévola parecerá la acción cometida” (Martínez & Amar, 2016, p. 25).

Desplazamiento de responsabilidad. Ocurre “cuando las personas ignoran o evaden su papel en la generación de una conducta inmoral” (Martínez & Amar, 2016, p. 26). De esta forma,

las personas pueden justificar sus actos porque pueden imputarles a otros las responsabilidades de los actos, aduciendo que cumplían órdenes.

Difusión de la responsabilidad. Este componente es muy habitual cuando, por ejemplo, se hace *bullying*, porque la responsabilidad de los actos se comparte grupalmente y no se asume personalmente; entonces, las acciones “se reparten y nadie se siente responsable por el resultado final” (Martínez & Amar, 2016, p. 26).

Distorsión de las consecuencias. En este se trata de minimizar las posibles consecuencias de los actos reprochables. Al reducir los efectos negativos que pueden suscitarse, no se asume el acto en sí mismo; de igual forma, aparece cuando se intenta subestimar el daño evidente (Martínez & Amar, 2016).

Culpar a la víctima. En esta forma, el victimario “no se siente avergonzado o culpable, sino que se siente orgulloso por haber hecho lo que debía” (Martínez & Amar, 2016, p. 27). Este mecanismo pretende crear vínculos de revictimización, toda vez que se inculpa a la víctima de la responsable de lo que le ocurrió (Martínez & Amar, 2016).

Deshumanizar a la víctima. En este mecanismo, a las víctimas no se les ve como humanas, sino que se les da atributos de cosas o seres repugnantes. Afirman Martínez y Amar (2016): “La deshumanización se hace más aceptable cuando un grupo es minoría, de distinta raza, etnia o religión, puesto que estos grupos pueden ser considerados inferiores o peligrosos por el grupo mayoritario” (p. 28).

3.2.3. La violencia y la diferencia

En este apartado se abordarán contextos particulares donde se ejerce la violencia. Para empezar, aquella que se realiza en contra de la mujer: qué se entiende, dónde ocurre y por qué ocurre. Posteriormente, en esta misma idea de diversidad sistémica de la violencia, se abordará el tema de las personas LGBTI con minorías a las que la violencia les llega a razón de prejuicios por sus condiciones e identificaciones sexuales. Por último, se tendrá en cuenta aquella donde están expuestos los niños, qué factores legitiman la violencia en sus contextos y qué alcances se tienen. El motivo de esta tríada estriba en tomar tres contextos aparentemente dispares que logren un espectro multidimensional que es, en suma, la razón de esta investigación.

3.2.3.1. Legitimación violenta contra las mujeres

Según la Ley 1257 (2008) se entiende violencia contra la mujer:

(...) cualquier acción u omisión, que le cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual, psicológico, económico o patrimonial por su condición de mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, bien sea que se presente en el ámbito público o en el privado (art. 2).

En este sentido se comprende que cuando se habla de omisión se entiende que incluyen los actos en los que también no se interviene para evitar este tipo de violencia en contra de las mujeres (La Embajada del Reino de los Países Bajos y la Defensoría del Pueblo, 2014).

La violencia en contra de la mujer puede suceder en contextos familiares (intimidad), y “se constituye en un problema social que vulnera la dignidad humana” (La Embajada del Reino de los Países Bajos y la Defensoría del Pueblo, 2014, p. 12), toda vez que es un atentado a los

Derechos Humanos. Al respecto, la Ley 1257 (2008) continúa definiendo la violencia doméstica como:

(...) cualquier acción u omisión orientada al abuso económico, el control abusivo de las finanzas, recompensas o castigos monetarios a las mujeres por razón de su condición social, económica o política. Esta forma de violencia puede consolidarse en las relaciones de pareja, familiares, en las laborales o en las económicas (art. 2).

La violencia contra la mujer lleva unos efectos a considerar en este apartado y que sirven como un todo en el discurso planteado en este trabajo, porque, al hablar de las consecuencias de la violencia, hay un entramado social que no distingue permear socialmente, sin desconocer que las mujeres tienen su contexto particular de agresión.

La Embajada del Reino de los Países Bajos y la Defensoría del Pueblo (2014) hablan de cuatro formas de daños, según la Ley 1257 de 2008, en que puede darse esta violencia.

Daño psicológico. Es aquel que “vulnera la autodeterminación o el desarrollo personal de una mujer al verse degradada, humillada y menospreciada, ya sea por sus acciones, como por sus comportamientos, creencias o decisiones” (La Embajada del Reino de los Países Bajos y la Defensoría del Pueblo, 2014, p. 12).

Daño físico. Es cuando hay riesgo de la integridad corporal (OMS, 2013), “ya sea a través de golpes, ahogamiento, fuego, sustancias químicas o cuando se produce daño o lesiones con objetos y, por supuesto, las ocurridas con armas de cualquier tipo” (Embajada del Reino de los Países Bajos y la Defensoría del Pueblo, 2014, p. 12).

Sufrimiento sexual. “Las mujeres víctimas de violencia sexual presentan tasas mayores de problemas ginecológicos que otras mujeres” (OMS, 2013, p. 3). Este tipo de violencia puede ser de forma física o verbal (Embajada del Reino de los Países Bajos y la Defensoría del Pueblo, 2014). Y se agregan a esta lista, “interacciones sexuales mediante la fuerza, coerción, intimidación, amenaza, chantaje, sobornos o manipulación o cualquier otra acción en contra de su voluntad” (Embajada del Reino de los Países Bajos y la Defensoría del Pueblo, 2014, p. 12).

Daño patrimonial. Afecta a los bienes o recursos económicos. Estas pueden incluir desde la privación por ingresar a un trabajo, por parte de la pareja, hasta la disminución económica justa al momento de repartir bienes en un proceso de divorcio.

3.2.4. Violencia y niñez

La UNICEF (2006) afirma que la violencia contra la infancia es aquella que incluye “el abuso y maltrato físico y mental, el abandono o el tratamiento negligente, la explotación y el abuso sexual” (p. 1). Este tipo de violencia puede ocurrir en los contextos de los niños: al interior de la familia, colegios, orfanatos, calles, lugar de trabajo, cárceles, etc. Los datos de violencia a la niñez tienden a aumentar debido a los conflictos que acontecen en el mundo (Martínez, Robles, Utria & Amar, 2014).

La vulnerabilidad implícita en la niñez logra que estos se hallen en un factor de riesgo mayor, y que este tipo de violencias se fecunda desde sus ambientes hostiles y que se convierte en un círculo vicioso de hostilidad, agresividad y crueldad que impedirá un desarrollo social (Martínez, Robles, Utria & Amar, 2014).

3.2.4.1. Violencia y familia

Dentro del seno familiar se forma un entramado que logrará potenciar las habilidades de los niños o, en el peor de los casos, los condicionarán a situaciones adversas; es en las familias donde, en primer lugar, se les fortalece para enfrentar la vida y se enseñan patrones conductuales que sean básicos en su desarrollo posterior. (Martínez, Robles, Utria & Amar, 2014). La familia es el ente donde hay una alta exposición de abusos y privaciones (Gómez, López & Tandeoy, 2012).

A este respecto, la violencia dentro de los contextos familiares se hace habitual y se normaliza dentro del seno del hogar, toda vez que lo ocurrido dentro de cada casa se aprende o se adquiere como una forma de desenvolverse; la familia influye más en el niño —por su contacto inmediato— que incluso la escuela (Martínez, Robles, Utria & Amar, 2014). Se ha hablado de un círculo vicioso; esto es cierto cuando se comprende que los refuerzos comportamentales se dan desde los padres que sirven de modelos.

La violencia intrafamiliar posee muchas aristas que sería inexacto afirmar razones de esta. Sin embargo, atendiendo a lo expuesto por Gómez, López y Tandeoy (2012), uno de los factores que inciden es la pobreza y vulnerabilidad social:

Los niños y las niñas tienen que vivir en un contexto adverso, razón por la cual se consideran como una población en alto riesgo de vulnerabilidad, por cuanto están expuestos a múltiples situaciones de maltrato, violencia tanto física como emocional, condiciones socioeconómicas precarias, condiciones nutricionales inadecuadas, enfermedades, hacinamiento, conflictos entre padres e hijos, ausencia o exceso de disciplina, ausencia de lazos afectivos, descuido por parte de sus padres o abandono, abuso

y explotación, lo cual es absurdo desde cualquier punto de vista, puesto que son seres indefensos y totalmente dependientes tanto de la familia, como de la sociedad y del Estado (Gómez, López & Tandeoy, 2012, p. 3).

Sobre esto, también se puede afirmar que los contextos de precariedad, miseria y de vulnerabilidad podrían condicionar a respuestas violentas como formas para reaccionar frente a los comportamientos de los infantes (Martínez, Robles, Utria & Amar, 2014).

3.2.4.2. Legitimación de violencia infantil

Martínez, Robles, Utria y Amar (2014) aseguran que la legitimación de la violencia, desde el seno familiar, ocurre cuando, en primer lugar, los padres responden de forma poco objetiva cuando presencian agresiones entre pares, donde se privilegie un hijo sobre el otro; por otro lado, cuando se orienta a los niños a ejercer violencia contra sus compañeros de clases como medidas de defensa personal y de resolución de conflictos; asimismo, cuando dentro del contexto familiar las respuestas que se brindan entre los actores sociales que se involucran están viciados por golpes, insultos, amenazas, gritos y similares, como medidas para establecer puntos de vista o imponer la voluntad. Musitu (2007, citado por Martínez, Robles, Utria & Amar, 2014) afirma que hay una relación de incidencia de los comportamientos violentos de los adolescentes y la forma en cómo es la comunicación de estos con sus padres.

Se ha mencionado las palabras UNICEF (2006) al asegurar que la violencia a la niñez incluye no solo un daño físico, sino uno mental o psicológico. En cuanto a esto, Martínez, Robles, Utria y Amar (2014) aducen que este tipo de violencias se legitima con facilidad porque

no se traduce en golpes o agresiones físicas que la indiquen, sino con efectos “más indirectos y diferidos en el tiempo” (p. 147).

3.2.4.3. Niñez, violencia y conflicto armado

El conflicto colombiano ha incluido el daño a infantes en cifras alarmantes (Martínez & Amar, 2016). No es solo la violencia que viven en sus sitios de orígenes, sino la que se despliega a partir del desplazamiento forzoso. Al respecto, Martínez y Amar (2016) hablan de la angustia posterior que produce no tener lo que antes les era fácil, pero se hallan en dicotomía porque “se encuentra el deseo de retornar al lugar de origen, pero también el temor frente al peligro que ese lugar representa” (Martínez & Amar, 2016, p. 48).

En el sentido económico, los niños en desplazamiento están en situación de pobreza (Gómez, López & Tandeoy, 2012) que genera la búsqueda de formas de ingresos informales (Montoya, 2015; Patiño & Herrán, 2012; Mosquera & Paredes, 2016) o hacer las veces de cuidadores de otros hermanos (Martínez & Amar, 2016).

En este mismo orden de idea, los niños que han sufrido violencia de conflicto armado poseen problemas afectivos, retraimiento, aislamiento e inseguridad; poseen bajo rendimiento académico y son más propensos a relaciones de conflictos con otros y agresividad (Martínez & Amar, 2016).

Semana (2016) establece las siguientes cifras en relación con la guerra en Colombia:

- Entre 2 300 000 y 2 500 000 niños y adolescentes víctimas.
- Desde 1999 hasta 2016 el ICBF dio asistencia a 6000 sobrevivientes de reclutamiento forzado.

- Todavía se hallan alrededor de 10 000 reclutados en guerrillas, paramilitares y narcotráfico. Y con una edad promedio de 12.8 (Martínez & Amar, 2016).
- 521 víctimas son niños. 457 víctimas son niñas. Grado de escolaridad promedio de quinto de primaria; aunque Romero y Chávez (2008, citados por (Martínez & Amar, 2016) afirman cuarto grado.
- En relación con los hechos victimizantes (en lugar de exposición) se hallan desplazamientos (336 niños), rescatados de los grupos al margen de la ley (238 niños), en estado de orfandad (380), minas antipersonas (20 niños), abuso sexual (9) y secuestro (3).
- En cuanto al desplazamiento de sus lugares de origen, 20 200 infantes son víctimas.
- El promedio de edad de reclutamiento es 13.5 años. Solo el 0.6% se graduó del bachillerato.
- 17% de las niñas que han sido rescatadas de grupos al margen de la ley tenían hijos o estaban en estado de embarazo.
- En medio de todo el conflicto, 2 500 niños y adolescentes fueron víctimas de secuestro: la mayoría con menos de 1 año y adolescentes de 17 años.
- El ICBF ha atendido a niños víctimas de minas antipersona con promedio de edad de 14 años.

Un elemento legitimador de esta violencia es, tal como se ha expresado, es la pobreza que viven las personas en ciertos contextos. Además, expone Montoya (2008, citado por Martínez & Amar, 2016) que las motivaciones de los niños a la guerra son que los grupos ilegales fueren a la guerra; al no tener dinero, este se constituye un medio de solvencia familiar;

violencia dentro del seno familiar; inseguridad social, temor de ser asesinado; la falta de educación; abuso sexual; asimilar una forma de insurgencia social, la escuela y el Estado.

3.3. Deslegitimación de la violencia

Como su nombre ya bien lo avisa, la deslegitimización es el proceso contrario al de la legitimación, es decir, a través de esta se busca eliminar la aceptabilidad moral o la obligación moral de la violencia, como afirma Kelman (2011, citado por López, 2017). Esta noción permite, al decir de Lamb (2014, citado por López, 2017), analizar cómo los sujetos, partiendo de sus experiencias de vida y de la reflexión acerca de su papel en los contextos de violencia, pueden llegar sentir que la causa que se pretende a través de ésta ha perdido su validez, causa que en el pasado pudo ser concebida como legítima o que tenía la pretensión de serlo.

La deslegitimación es un concepto, pero también una actitud. Para llegar a esa actitud es necesario hacerse conscientes de las huellas que ha dejado la violencia en una sociedad determinada. El reconocimiento de las consecuencias de la violencia, cuya máxima manifestación son las víctimas, le permite a un pueblo avanzar con paso firme hacia la deslegitimación. Solo se concibe un avance seguro y decidido en esta dirección “desde la absoluta convicción de que el uso de dicha violencia no ha sido, ni es justificable” (Gesto por la Paz, s. f., p. 5).

3.3.1. El caso de Colombia

La sociedad colombiana, cuando empezaron a negociarse los Acuerdos de Paz entre el Gobierno y las FARC, se encontró ante una oportunidad histórica única, ya que significaba cerrar un capítulo de más de cinco décadas de una violencia que había dejado cerca de 220000 muertos

y alrededor del 10% de la población desplazada de sus territorios (Wills, 2015, citado por Padilla & Bermúdez, 2016).

A propósito de esto, Padilla & Bermúdez (2016) aseguran que “os acuerdos de La Habana resaltan el tipo de transformaciones necesarias para desenraizar el conflicto armado de las estructuras sociales, económicas y políticas: desarrollo agrario, participación política, política de drogas y reparación a las víctimas” (p. 221). Más arriba se dijo que la deslegitimación era una actitud y, como tal, puede o debe ser educada. En el caso particular colombiano, esa educación implica reconocer la existencia de una cultura de la violencia.

Padilla & Bermúdez (2016) explican así lo que ellos consideran un desafío:

El reto es que tras la firma de los acuerdos tendremos una sociedad atravesada por profundos conflictos sociales, pero también una sociedad que ha sido muy reacia a reconocer la raíz de estos conflictos y que se ha acostumbrado a recurrir a la violencia para resolverlos de tajo. Por eso, lo que tenemos que desenraizar de la cultura es la asociación automática entre conflicto y violencia. Esto no es condición suficiente, pero sí necesaria para que un proceso de paz sea sostenible y para que las iniciativas de manejo no-violento de los conflictos que llevan décadas germinando en el país puedan florecer sin tener que enfrentarse al terror o la invisibilización (p. 221).

En este sentido, los educadores jugarían un papel esencial, ya que, al decir de Padilla & Bermúdez (2016), en manos de estos está ayudarles a las nuevas generaciones a entender críticamente la historia del país, de manera tal que se normalice el conflicto a la vez que desnormaliza la violencia.

3.3.1.1. Protección a infancia

Como bien lo señalan Padilla y Bermúdez (2016) los niños han sido uno de los principales padecedores de la violencia no solo en Colombia, sino en todos los países donde hay presencia de conflicto interno. Proteger a la niñez es, también, una forma de deslegitimar la violencia hacia ella. Así, la UNICEF (2006) plantea unos planes para tener en cuenta para minimizar o disminuir el impacto de la violencia en la niñez, las cuales se han adaptado en su título de acuerdo a la intención de esta investigación y lograr darle un enfoque acorde al discurso planteado.

Gubernamental. Es la creación de políticas públicas que garanticen la prevención de esta violencia infantil. No vas solo con la creación de políticas sino con la aplicación de estas y la generación de recursos. “Los gobiernos deben también tomar medidas para promover formas positivas de disciplina y proteger a los niños y niñas contra los abusos y la violencia dentro de sus familias” (UNICEF, 2006, p. 1).

Alcance de las políticas. Aplicación de leyes en contra de la violencia. Introducción de educabilidad de agentes sociales, maestros, trabajadores sanitarios, Fuerza Pública, etcétera, que tenga contacto con niños y niñas.

Transformación de estereotipos. Modificar las costumbres y prácticas que se enmarquen en el estereotipo y que se usan para justificar violencias, sobre todo en aquella que tienen que ver con el género. Resemantizar las culturas para que no se establezcan formas de violencias que se justifiquen, por ejemplo, ablaciones genitales, motivaciones de adultos para experimentar sexualidad de forma anticipada, castigo físico para disciplinar, matrimonio precoz, entre otros.

Debate abierto. Se debe concebir la violencia como un asunto sistémico que incluye a todos: “No es un asunto privado y es necesario llevarla a la atención del público” (UNICEF, 2006, p. 1). La utilización de los medios de comunicación no solo como agentes de generación de violencias, sino como herramientas de educación eficaz.

Educación infantil. UNICEF (2006) asegura que “es posible ayudar a los niños a identificar, evitar y, si es necesario, afrontar situaciones potencialmente violentas” (p. 1). Se requiere un proceso de enseñanza y aprendizaje que permita este intercambio de saberes.

Familia y comunidad. Una de los objetivos de crear políticas de educabilidad a todos es la detección de señales que ayuden a identificar cuando haya violencia. Dentro de la comunidad —que incluye a padres, maestros, vecinos, juntas comunitarias, entre otras— se pueden mitigar los efectos de las violencias en niños y ofrecer respuestas efectivas.

Servicios esenciales. La prevención, recuperación y reintegración también deben estar de la mano de la educación. Las escuelas deben ser, entonces, lugares seguros, donde se puedan realizar intercambios sociales sin discriminación, y se puedan crear rutas hacia servicios médicos y psicológicos que dirijan estos procesos.

Control. Es necesaria la intervención controlada que dé seguimiento y supervisión a las víctimas. UNICEF (2006) asegura que, sobre todo, las violencias sexuales se hallan en el terreno del secreto, con información deficiente y mecanismos de control inexactos, lo que no garantiza un proceso adecuado de recuperación a los infantes victimizados.

3.3.1.2. El caso de las mujeres

La Ley 1257 (2008) plantea unos mecanismos para tener en cuenta para en para la violencia en contra de las mujeres: “Conjunto de acciones por parte de las instituciones públicas y de la sociedad que deben estar articuladas y coordinadas” (Embajada del Reino de los Países Bajos y la Defensoría del Pueblo, 2014, p. 14) entre ellas se hallan:

1. Sensibilización y prevención
2. Protección a la víctima.
3. Atención y estabilización.
4. Sanciones a los victimarios.

4. Planteamiento del problema

Al revisar la bibliografía encontramos que en Colombia las secuelas de la Violencia son el acumulado de más de 50 años de conflicto armado. La información encontrada en bases históricas sobre violencia arroja las agresiones más leves hasta conductas violentas abrumadoras. Esto mismo nos impulsa a revisar las bases y el origen de la violencia, qué es y cuáles son sus inicios, si son biológicos, culturales, sociales o económicos.

El diario sufrimiento e injusticias humanas nos llevan a indagar en las causas incomprendidas en este fenómeno cultural y social de nuestro país. Es este el punto de partida para empezar a estudiar la legitimación de esta. De acuerdo a esto, Ayllón, E.(2009) lo expone en sus palabras:

Algunas investigaciones acerca de la legitimación de la violencia se han centrado en el análisis del grado de aceptación que suscitan determinadas actuaciones violentas a partir de ciertos criterios: estas acciones deben ser vinculadas con los argumentos susceptibles de justificarlas. La actitud que se refleja en la capacidad para justificar la violencia, es analizada a través de la relación que los individuos establecen entre las actuaciones violentas y los argumentos explicativos de las mismas... diferentes autores han establecido una relación de posibles patrones de legitimación de la violencia a través de este análisis, que aborda qué argumentos son válidos para qué acciones violentas.

En 1996, la Asamblea Mundial de la Salud se propuso la consideración de la violencia como un problema de salud pública, asumiendo que se trata de conceptos que afectan al individuo de manera integral, en todos sus ámbitos: la ausencia de violencia y la presencia de

salud implican la posibilidad del desarrollo integral de los individuos. En este mismo informe mundial sobre violencia y salud mundial de la OMS resumen:

La violencia está tan presente, que se la percibe a menudo como un componente ineludible de la condición humana, un hecho ineluctable ante el que hemos de reaccionar en lugar de prevenirlo.

En el año 2011, de acuerdo al informe de la Agencia de la ONU para los refugiados:

En la última década más de dos millones de niños han muerto en conflictos armados, seis millones han resultado heridos o mutilados y un millón han quedado huérfanos. Más de 300.000 niños han sido obligados a convertirse en soldados o en esclavos sexuales. Niños de 87 países viven rodeados por 60 millones de minas terrestres y 10.000 niños al año siguen siendo víctimas de estas armas.

En la revisión bibliográfica de las temáticas sobre violencia, como se puede ver encontramos una distinción entre la violencia y la agresión. Así como los efectos de estas. Al ser la violencia un fenómeno con mucha relevancia en los últimos tiempos se desprenden distintas corrientes teóricas que buscan reflejar la diferencia que existe entre violencia y agresión. Existen evidencias científicas que señalan que los seres humanos tenemos capacidades psicológicas innatas que podrían llevarnos a vivir primordialmente en paz, ¿Por qué entonces ha existido a lo largo del tiempo la creencia arraigada en la cual la violencia y sobre todo la guerra en nuestro país parece ser nuestro estado natural? Para Ardila,R(2012):

(...) matar no es algo que la mente humana tiende hacer naturalmente. Por el contrario, los seres humanos tienen una gran resistencia a matar. Incluso en las guerras y conflictos más

extremos, matar es algo que produce horror a la persona que ejecuta la acción de matar.

Esto se aplica también a los encargados de ejecutar la pena de muerte, los verdugos, los torturadores y las personas que en razón de su trabajo han matado a alguien (por ejemplo: la policía en situaciones extremas). Grossman afirma: mirar a otro ser humano a los ojos, tomar la decisión independiente de matarlo, y ver como muere debido a nuestra acción, forman la más básica, importante, primordial y potencialmente traumática ocurrencia de la guerra.

Sabiendo que esto es así, que cognitivamente el ser humano no está diseñado para el conflicto, sino que tiene al contrario fuerzas externas que lo llevan a ser seres sociales, surge la pregunta: **¿Qué efectos tiene la implementación de un modelo psicosocial de convivencia intercultural y reconocimiento del otro para la deslegitimación del uso de la violencia de niños en estado de vulnerabilidad económica entre 7 a 11 años de Soledad, Atlántico?**

Teniendo en cuenta una de las teorías que afirma que es la cultura quien moldea nuestros instintos más bajos y de naturaleza animal se hace pertinente determinar cuáles son las causas psicológicas, culturales y sociales que nos llevan como seres humanos al conflicto y cuáles serían las diferencias en este estado posterior a la aplicación de un programa con el fin de disminuir la violencia.

5. Objetivos

5.1. Objetivo general

Determinar los efectos de un modelo de convivencia intercultural y reconocimiento del otro en la deslegitimación del uso de la violencia de niños en estado de vulnerabilidad económica entre 7 a 11 años de Soledad, Atlántico.

5.2. Objetivos específicos

- Indagar las creencias legitimadoras de la violencia de niños entre 7 y 11 años en estado de vulnerabilidad económica de Soledad, Atlántico.
- Implementar un modelo de convivencia y reconocimiento del otro para la deslegitimación del uso de la violencia en niños entre 7 y 11 años en estado de vulnerabilidad económica de Soledad, Atlántico.
- Analizar si hay o no diferencias en los efectos de un modelo de convivencia y reconocimiento del otro para la deslegitimación del uso de la violencia en niños entre 7 y 11 años en estado de vulnerabilidad económica de Soledad, Atlántico.

6. Descripción de variables

6.1. Variable dependiente

Legitimación de la violencia. Variable dicotómica que toma el valor de 1 si el individuo elige las opciones ‘atacar’ o ‘ataquen al otro’. Mientras que la variable toma valor de 0 si el individuo decide escoger las demás opciones disponibles (ayuden a buscar, ayuden a calmarlo, dialogar o huir).

6.2. Variables independientes

Edad. Variable que muestra la edad de los individuos, los cuales cuentan con un rango de edad de 7 a 12 años.

Género. Muestra si el individuo involucrado en el videojuego es de género masculino o femenino. Por tanto, es una variable dicotómica que toma valor de 1 si es de género femenino. De lo contrario, la variable toma valor de 0.

Escenario de la violencia. Muestra si el escenario de violencia más frecuente elegido por los jugadores.

Dadas a conocer las variables, el modelo a estimar viene dado por:

7. Estadísticas descriptivas de las variables del modelo

7.1. Edad

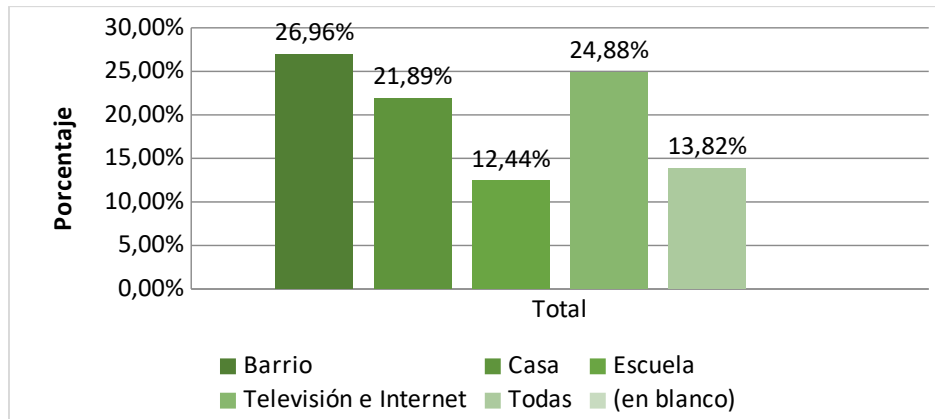


Gráfico 1: Legitimación de la violencia: ex-antes por edades.

Fuente: elaboración propia

En el gráfico 1 se observa la forma en como los niños legitiman la violencia teniendo en cuenta la edad y desagregados por grupo de control y tratamiento. En términos generales, se puede observar que independientemente del grupo en el que se encuentre el niño (tratamiento o control), en la mayoría de los grupos de edades, los niños legitiman la violencia en más del 50%. Dicho resultado cambia drásticamente cuando se aplica el modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro (ver gráfico 2) donde se observa que, por grupos de edades, la mayoría de los grupos reducen la legitimación de la violencia a menos del 40%.

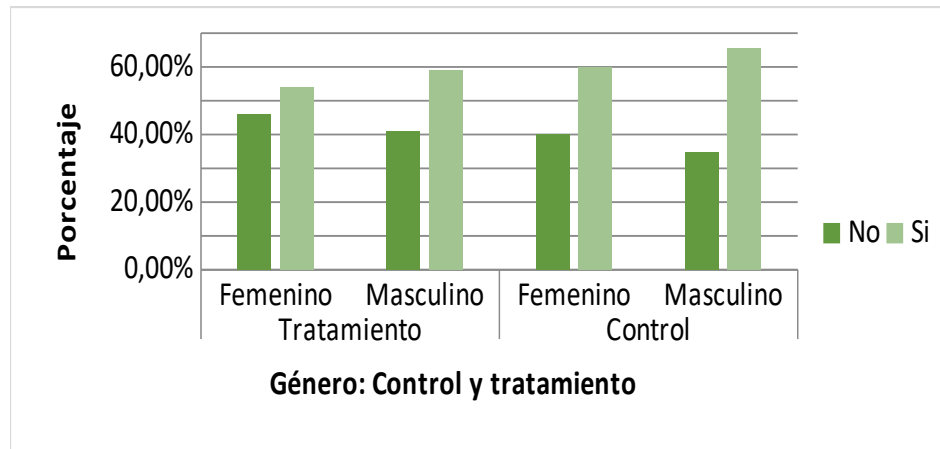


Gráfico 2: Legitimación de la violencia: ex-post por edades.

Fuente: elaboración propia.

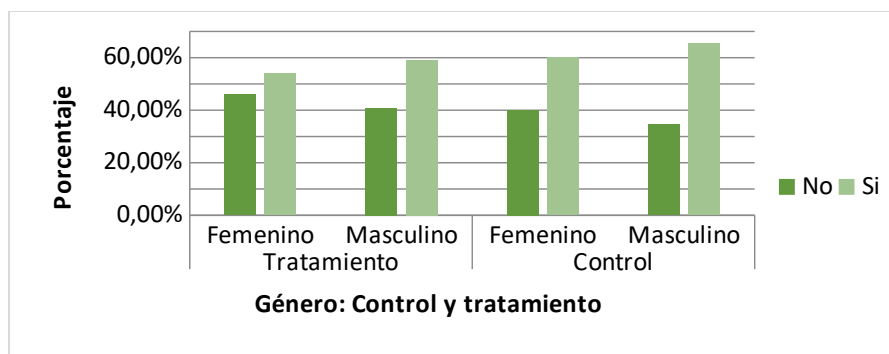


Gráfico 3: Legitimación de la violencia: ex-antes por género del niño(a).

Fuente: elaboración propia.

Por otro lado, los resultados desagregados por género y grupo de control o tratamiento ex antes del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro, se muestran en la gráfica 3, mediante el gráfico es posible concluir que, los niños tienden a legitimar la violencia en mayor proporción que las niñas. Ahora bien, al aplicar el modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro, se observa que en el grupo de tratamiento se mantiene la tendencia, esto

es, los hombres legitiman la violencia en mayor proporción que las mujeres. No obstante, la reducción, en ambos géneros (en el tratamiento) la proporción de los que legitiman la violencia se reduce en gran medida. Por su parte, en el grupo de control se observa un cambio en la tendencia, pues, los resultados arrojan que, post test, las mujeres legitiman la violencia en mayor proporción.

7.2. Género

Gráfico 4: Legitimación de la violencia: ex-post por género del niño(a).

Fuente: elaboración propia.

7.3. Escenario de la legitimación de la violencia en estrato socioeconómico vulnerable

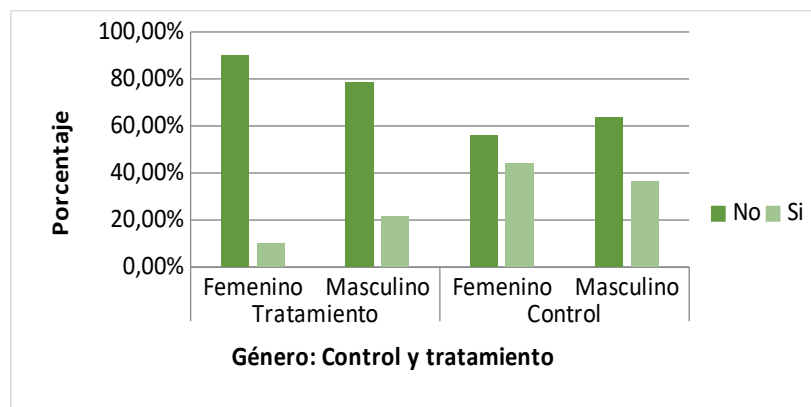


Gráfico 5: Escenario de legitimación de violencia

Fuente: elaboración propia.

La cuarta estación del video juego establece el lugar donde los niños más legitiman más la violencia. El gráfico 5 muestra cual es el escenario donde los niños más presencia situaciones de violencia sin desagregar por grupos, es decir, sin tener en cuenta si pertenece al grupo control

o al tratado. Los resultados arrojan que el escenario donde más observan violencia los niños (as) es en su barrio (27%), seguido de la televisión e internet (25), casa (22%), todos los escenarios disponibles en el juego (14%) y, por último, (12%).

8. Metodología

Se llevará a cabo una investigación explicativa, con diseño pre-experimental utilizando mediciones antes y después. El modelo pedagógico a implementar en la investigación, se basaría en la combinación de las siguientes estrategias:

Taller vivencial. hipótesis de contacto, concepto desarrollado en psicología social como una estrategia para la desaceleración de los conflictos violentos. El contacto con el otro, ayuda a disminuir la polarización grupal, desestructurando los estereotipos sobre los grupos, permitiendo descubrir y humanizar a las personas que se encuentran bajo etiquetas como “desplazado” o “desmovilizado”.

Role-playing game. para el desarrollo de habilidades sociales y asertividad en la resolución de conflictos.

Programas radiales liderados por niños.

8.1. Participantes

La investigación se llevará a cabo en el área del Municipio de Soledad, en instituciones educativas del Barrio Nueva Colombia donde asistan niños y niñas cuyas familias se hayan asentado tras sufrir desplazamiento forzado por el conflicto armado. El modelo se implementará con niños y niñas entre 7 y 10 años de edad. La muestra será intencional, partiendo del deseo de participación de las instituciones educativas y de los estudiantes. Los grupos serán:

Tabla 1: Grupos y poblaciones participantes

<i>Grupos</i>	<i>Población</i>
Grupo 1	Niños(as)
Grupo 2	Niños(as) afrodescendientes
Grupo 3	Niños(as) indígenas
Grupo 4	Niños(as) desplazados
Grupo 5	Niños(as) en situación de pobreza.

Fuente: Elaboración propia

8.2. Instrumentos

Las fuentes en la presente investigación son directas. Los participantes responderán en dos momentos, un cuestionario desarrollado en formato de juego, el cual mide las creencias justificadoras del uso de la violencia.

8.3. Muestra

La muestra estuvo compuesta por quinientos (500) niños y niñas entre los siete (7) y los diez (10) años de edad, en las condiciones descritas en el apartado 8.1.

8.4. Modelo de convivencia intercultural y reconocimiento del otro

Este modelo hace parte de la investigación titulada *Deslegitimación del uso de la violencia en niños entre 7 y 10 años a partir de la implementación de un modelo de convivencia intercultural y reconocimiento del otro*. El propósito de este modelo es que los niños y niñas

entre 7 y 10 años desarrollen actitudes, habilidades y hábitos relacionados con el respeto hacia sí mismos y los otros, el cuidado, la comunicación, la cooperación, el desarrollo del conocimiento ciudadano y la diversidad cultural. Este modelo funciona como una herramienta para cuidadores, de manera lúdica, cotidiana y pedagógica.

El modelo fue desarrollado de acuerdo a tres objetivos específicos: a) fortalecer la convivencia intercultural y deslegitimación de la violencia, b) involucrar a los padres y cuidadores como agentes reforzadores de la convivencia intercultural y deslegitimación de la violencia por medio del envío de mensajes de texto con conocimiento sobre las actividades ejecutadas por sus hijos, y c) transferir a los docentes el conocimiento del modelo.

Cada contenido desarrollado tenía sus actividades, las cuales quedaron consignadas en tres cartillas: a) Me cuido, te cuido, b) Juntos logramos más, y c) El mundo es hermoso porque es diverso. El contenido de las cartillas fue el siguiente:

Cartilla uno: Me cuido, te cuido	Cartilla dos: Juntos logramos más	Cartilla tres: El mundo es hermoso porque es diverso
Sesión uno. Bienvenida al programa.	Sesión uno. Bienvenida al programa.	Sesión uno. Bienvenida al programa.
Sesión dos. Me respeto, me valoro y me trato bien.	Sesión dos. Puedo hablar, puedo escuchar.	Sesión dos. Descubre la riqueza que hay en la diferencia.
Sesión tres. Te respeto, te	Sesión tres. No compito, yo	Sesión tres. Protejo mi

valoro y te trato bien. coopero. espacio, el espacio de todos.

Sesión cuatro. Despedida. Sesión cuatro. Despedida. Sesión cuatro. Despedida.

A continuación, los ejes temáticos de cada cartilla:

Cartilla uno: Me cuido, te cuido	Cartilla dos: Juntos logramos más	Cartilla tres: El mundo es hermoso porque es diverso
Cuidado, respeto, convivencia y habilidades sociales.	Comunicación asertiva, reconocimiento del otro y cooperación.	Diversidad, competencias ciudadanas, derechos humanos, responsabilidad y participación.

8.5. Procedimiento

8.5.1. Fase 1

Se realizó una actualización del estado del arte sobre la temática durante todo el proceso de la investigación. Para el acercamiento a la población se llevará a cabo una serie de visitas a instituciones educativas, de manera que una vez se cuente con los respectivos permisos de los acudientes de los niños y de la institución, así como del asentimiento de los niños, niñas y adolescentes, se procederá a realizar la primera aplicación del instrumento para la identificación de las creencias justificadoras de la violencia en las relaciones cotidianas.

8.5.2. Fase 2

Se diseñó el modelo de intervención tomando como punto de partida las creencias identificadas en la fase anterior. La técnica a implementar será el taller vivencial, tomando como

punto de partida el diálogo sobre las características culturales de los lugares de origen de los participantes, sus experiencias e intereses. De igual forma, se buscará deslegitimar el uso de la violencia como una forma socialmente aceptable de resolver los conflictos en las relaciones cotidianas, resignificando cada una de las creencias que justifican su uso instrumental. Las actividades desarrolladas se apoyarán en un aplicativo informático, con el fin de hacerlas más atractivas para un público objetivo donde las tecnologías de la información y la comunicación han logrado una gran acogida. Esto además de aprovechar las ventajas ofrecidas por las TIC para la intervención socioeducativa, como son la reducción de costos, la ampliación de la cobertura y la disminución de los tiempos de comunicación e interacción.

8.5.3. Fase 3

Una vez finalizadas las actividades del modelo, se procedió a la segunda aplicación de la escala. Se realizó el análisis de los datos con el programa SPSS para Windows. Finalmente se construyó el informe preliminar de investigación como insumo de dos artículos científicos.

9. Resultados

En primera medida, se obtuvo el Alpha de Cronbach para validar el instrumento implementado; el parámetro se calculó para cada una de las estaciones. En la primera estación, donde el PJ está en condición de igualdad, se obtuvo un Alpha de 0.60, dicho resultado permite concluir que la escala utilizada en el instrumento para esta estación es fiable. En la segunda estación, el PJ está en situación de ventaja; allí se obtuvo, al igual que en la primera estación un Alpha de 0.60. Finalmente, en la tercera estación, el Alpha de Cronbach fue de 0.64, destacando que, en dicha estación, el PJ se encuentra en desventaja.

9.1. Resultados: análisis de los mecanismos usados para legitimar la violencia

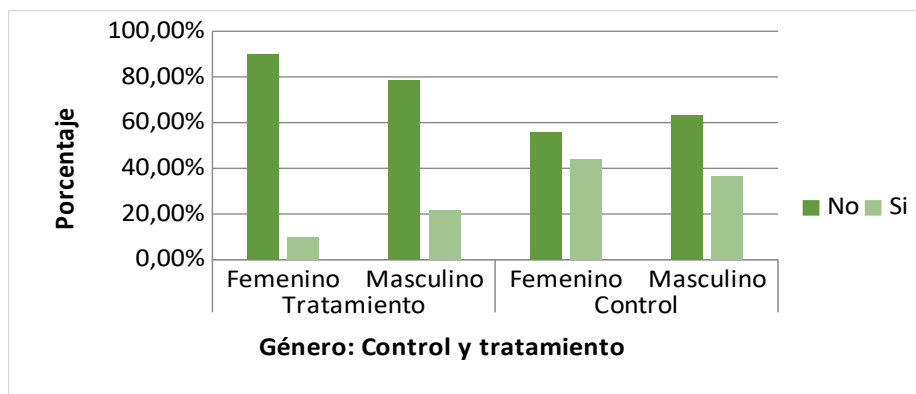


Gráfico 6: Mecanismos usados por los niños para legitimar la violencia

Fuente: elaboración propia.

El gráfico anterior nos muestra cuales fueron los mecanismos que más se usaron de manera general en el videojuego por parte de los niños sin discriminar por estaciones. Específicamente, se encuentra información con respecto al pre test y post para el grupo control y tratado.

Se puede observar que ex antes de aplicar el modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro, el mecanismo que se utilizó con mayor frecuencia en el grupo control fue la justificación moral (47%), seguidamente, deshumanizar a la víctima (36%), transferencia de responsabilidad (35%) y culpabilizar a la víctima (33%). Los mecanismos menos usados por los niños fueron etiquetación eufemística (31%), comparación ventajosa (29%) y distorsión de las consecuencias (27%).

Los resultados para el grupo control post test muestran que la legitimación de la violencia se redujo considerablemente. La justificación moral continuó siendo el mecanismo de desconexión moral más utilizado por los niños, pero esta vez solo con el 30%. Luego de aplicarse el test, culpabilizar a la víctima fue el segundo mecanismo que los niños más usaron (28%), seguido de distorsión de las consecuencias (27%), deshumanizar a la víctima, etiquetación eufemística y comparación ventajosa (cada una de ellas con 23%) y, por último, la transferencia de conocimiento (20%). Cabe resaltar, el cambio que se presentó en la transferencia de responsabilidades, al pasar de ser el segundo mecanismo más usado por los niños para legitimar la violencia a ser el menos usado.

En el caso del grupo de tratamiento se encuentran que en el pre test, la justificación moral es el mecanismo más usado con 43%, es decir, 4 puntos menos que en el grupo control. Asimismo, deshumanizar a la víctima (37%), transferencia de responsabilidades y culpabilizar a la víctima (35%), son los mecanismos que los niños más usaron antes de aplicarse el programa.

Cuando se ejecutó el modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro, el gráfico muestra que la justificación moral pasa a ocupar el cuarto lugar de mecanismo más

usados por los niños para legitimar la violencia con un 35%. El primer puesto, entonces, es ocupado por deshumanizar a la víctima junto a la transferencia de responsabilidades (38%), seguidamente, culpabilizar a la víctima (37%). Finalmente, la comparación ventajosa (31%), distorsión de las consecuencias (29%) y etiquetación eufemística (27%) fueron los mecanismos que menos usaron los niños luego de aplicarse el test en ellos.

A continuación, se realizará un análisis de los resultados obtenidos con respecto al mecanismo que usaron los niños (as) involucrados en el modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro para legitimar la violencia en cada una de las estaciones planteadas en el video juego.

Tabla 2: Mecanismos de legitimación de la violencia para la estación 1.

Mecanismos	Antes		Posterior	
	Control	Tratamiento	Control	Tratamiento
Justificación Moral	47%	45%	32%	33%
Transferencia de Responsabilidad	38%	35%	24%	29%
Distorsión de las Consecuencias	28%	29%	27%	24%
Etiquetación eufemística	34%	35%	24%	20%
Comparación Ventajosa	36%	32%	24%	22%
Culpabilizar a la Víctima	33%	32%	37%	33%
Deshumanizar a la Víctima	31%	33%	29%	34%

Fuente: elaboración propia.

La tabla 1 devela el comportamiento del grupo control y de tratamiento ex – antes y ex – post del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro con respecto a que mecanismo los niños (as) utilizan para legitimar la violencia en la primera estación del videojuego. Se observa que inicialmente, el grupo control legitima la violencia en su mayoría a

través de la justificación moral (47%), seguidamente, transferencia de responsabilidad (38%) y comparación ventajosa (36%). Los mecanismos que menos utiliza los (as) niños (as) del grupo control antes del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro son distorsión de las consecuencias (28%), deshumanizar a la víctima (31%) y culpabilizar a la víctima (33%).

En el caso del grupo de tratamiento se presentan resultados similares. La justificación moral representa el mecanismo que tiene la mayor frecuencia de uso por parte de los (as) niños (as) (45%). Sin embargo, a diferencia del grupo control, el grupo de tratamiento legitima la violencia en segunda medida por medio de la transferencia de responsabilidad (35%) y etiquetación eufemística (35%). Es decir, los mecanismos más usados antes del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro para ambos grupos son similares con la única salvedad que en el grupo de tratamiento hacen un uso mayor de la etiquetación eufemística y no de la comparación ventajosa. Además, los mecanismos menos usados por parte del grupo tratado son la distorsión de las consecuencias (29%), comparación ventajosa (32%) y culpabilizar a las víctimas (32%).

Por otro lado, la tabla también permite analizar los resultados de como los niños (as) justifican la legitimación de la violencia luego del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro. Los resultados sugieren que, para el grupo control, los 3 mecanismo principales para legitimar la violencia son: culpabilizar a la víctima (37%), justificación moral (32%) y deshumanizar a la víctima (29%). Lo que conduce a que, la justificación moral dejó de ser el mecanismo más utilizado para legitimar la violencia ya que culpabilizar a la víctima fue el mecanismo con más elección.

De igual forma, el análisis en el grupo de tratamiento es bastante interesante.

Deshumanizar a la víctima (34%), justificación moral (33%) y culpabilizar a la víctima (33%) son los mecanismos que los niños más usaron luego de aplicárseles el modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro. Es decir, en comparación con los resultados que arrojó el grupo de tratamiento antes del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro, se encuentra que, la legitimación de la violencia por parte de los niños (as) disminuyó. Además, hubo un cambio abrupto en los mecanismos que más utilizan los niños (as) para legalizar la violencia ya que inicialmente, deshumanizar a la víctima y culpabilizar a la víctima ocupaban el cuarto y sexto puesto de mecanismo de legitimación, respectivamente. Por último, los mecanismos que menos utilizó el grupo de tratamiento luego del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro fueron: etiquetación eufemística (20%), comparación ventajosa (22%) y distorsión de las consecuencias (24%).

Cabe resaltar que el mecanismo titulado como ‘Distorsión de las consecuencias’ no fue usado por los niños en ninguna de las estaciones que componen el videojuego para legitimar la violencia en la primera estación. Por lo anterior, no fue tenido en cuenta para desarrollar las estadísticas escritas en la tabla 4.

Tabla 3: Mecanismos de legitimación de la violencia para la estación 2.

Mecanismos	Antes		Posterior	
	Control	Tratamiento	Control	Tratamiento
Justificación Moral	29%	42%	13%	38%
Transferencia de Responsabilidad	18%	38%	13%	48%
Distorsión de las Consecuencias	12%	33%	13%	43%

Etiquetación eufemística	12%	26%	13%	38%
Comparación Ventajosa	12%	32%	0%	38%
Culpabilizar a la Víctima	29%	42%	13%	38%
Deshumanizar a la Víctima	35%	34%	13%	38%

Fuente: elaboración propia.

La tabla 2 ayuda a identificar cuáles son los mecanismos que más utilizaron los niños para legitimar la violencia en la segunda estación (situación de desventaja para el jugador). Para la segunda estación se repite la situación de la primera estación: la distorsión de las consecuencias no fue usado por los niños para legitimar la violencia cuando se presentaron en una situación de ventaja frente al PNJ.

Con respecto al grupo control, los resultados obtenidos muestran que el porcentaje de niños (as) que legitiman la violencia es muy inferior al de la estación 1 para ambos periodos de análisis (ex – antes y ex – post al test). Además, los mecanismos que más se utilizaron para legitimar la violencia ex – antes fueron deshumanizar a la víctima (35%), la justificación moral (29%) y culpabilizar a la víctima (29%), mientras que, los mecanismos menos usados fueron distorsión de las consecuencias, etiquetación eufemística y comparación ventajosa, cada una con 12%.

Siguiendo con el grupo control, la tabla muestra que luego de ejecutarse el modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro, se presenta una situación particular. Todos los mecanismos de legitimación presentan el mismo porcentaje (13%), menos comparación ventajosa (0%).

En el caso del grupo de tratamiento, los resultados obtenidos demuestran que la justificación moral (42%), culpabilizar a la víctima (42%) y la transferencia de responsabilidad (38%) son los mecanismos más utilizados por los niños (as) antes del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro cuando se encuentran en una situación de desventaja frente a su oponente en el juego.

Luego de aplicar el modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro para el grupo de niños (as) tratados, los resultados en la segunda estación varían. La transferencia de responsabilidad pasa a ser el mecanismo de legitimación que más se utiliza por los niños (as) (48%) junto a la distorsión de las consecuencias (43%). El resto de mecanismo presentan resultados idénticos (38%).

Tabla 4: Mecanismos de legitimación de la violencia para la estación 3.

Mecanismos	Antes		Posterior	
	Control	Tratamiento	Control	Tratamiento
Justificación Moral	62%	41%	33%	5 36%
Transferencia de Responsabilidad	43%	33%	13%	2 39%
Distorsión de las Consecuencias	38%	26%	33%	7 30%
Etiquetación eufemística	38%	30%	27%	6 32%
Comparación Ventajosa	24%	30%	33%	4 38%
Culpabilizar a la Víctima	38%	35%	13%	1 43%
Deshumanizar a la Víctima	52%	46%	13%	3 39%

Fuente: elaboración propia.

Finalmente, la tabla 3 posibilita analizar los resultados de legitimación de la violencia por mecanismo para la tercera estación. En esta estación, el jugador se encuentra en una situación de ventaja frente a su oponente en el video juego ya que se supone presenta una mayor fuerza física.

Antes de la ejecución del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro, los niños (as) en la tercera estación para el grupo control legitiman la violencia en mayor medida a través de la justificación moral (62%), deshumanizar a la víctima (52%) y transferencia de responsabilidad (43%). Por tanto, los mecanismos que menos se utilizan son la comparación ventajosa (24%), distorsión de las consecuencias, etiquetación eufemística y culpabilizar a la víctima (cada una con 38%). Además, distorsión de las consecuencias fue un mecanismo que ningún niño (a) eligió para legitimar la violencia en esta estación.

Cuando se analiza los resultados del grupo control luego del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro, los mecanismos que más se utilizaron fueron la justificación moral, distorsión de las consecuencias y comparación ventajosa, las cuales presentaron cada una 33%. Cabe resaltar que la justificación moral sigue siendo el mecanismo que más se usó, pero pasó del 62% al 33%. Asimismo, la deshumanización de la víctima que inicialmente estaba en 52% paso a tan solo 13%, siendo remplazado en el segundo lugar por la transferencia de responsabilidad y comparación ventajosa.

Por otro lado, el grupo de tratamiento antes del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro, muestra que el mecanismo más usado para legitimar la violencia fue el de deshumanizar a la víctima (46%), justificación moral (41%) y culpabilizar a la víctima (35%). Asimismo, los mecanismos que menos se usaron fueron transferencia de responsabilidad (33%), etiquetación eufemística (30%), comparación ventajosa (30%) y distorsión de las consecuencias (26%).

Luego, en el periodo 2 o ex – post, el grupo de tratamiento decide legitimar la violencia de la siguiente forma: culpabilizar a la víctima (43%), transferencia de responsabilidad (39%) y deshumanizar a la víctima (39%). Finalmente, los mecanismos que menos se usaron fueron la comparación ventajosa (38%), justificación moral (36%), etiquetación eufemística (32%) y distorsión de las consecuencias (30%).

Es decir, culpabilizar a la víctima que ex - antes del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro ocupaba el tercer lugar de mecanismo para legitimar la violencia, se convirtió en el mecanismo más usado. La justificación moral que antes del modelo de convivencia intercultural y reconocimiento al otro ocupaba el segundo puesto de elección para legitimar la violencia pasó al quinto lugar.

10. Discusión

Se dice con frecuencia que la violencia existe desde tiempos inmemoriales. Si bien es posible rastrear indicios de violencia desde la prehistoria, los seres humanos no somos inherentemente violentos. La violencia se aprende (Bandura, Ross & Ross, 1963), y la hemos aprendido tan bien que parece parte que hace parte de la cultura, en cualquier lugar del mundo (OMS, 1996). Este trabajo consistió en indagar cómo la violencia es legitimada por niños y niñas de siete a once años que viven en Soledad (Atlántico), y cómo un modelo de convivencia intercultural y reconocimiento del otro tiene efectos en la deslegitimación del uso de la violencia.

Antes del modelo de convivencia intercultural, los niños y niñas que participaron en este estudio legitimaban la violencia en más de 50%; una vez aplicado el modelo, este porcentaje se reduce a menos del 40%. Esto quiere decir que, con la enseñanza adecuada, niños y niñas que viven en contextos violentos pueden dejar de responder con ataques cuando se sienten amenazados, y preferir resolver esa amenaza de formas más creativas. En efecto, este estudio demostró que independientemente de la edad o el género, las personas no están destinadas a comportarse violentamente.

Si la violencia es, entonces, un asunto que las personas aprenden y se legitima a través de la cultura, es preciso preguntarse qué elementos del contexto reproducen esa violencia. No es el entorno nada más la casa (22%) o el barrio (27%); el internet y los medios de comunicación juegan un papel preponderante (25%) en la reproducción de comportamientos violentos. Sobre el papel socializador de la televisión y su relación con la violencia se ha escrito mucho (Medrano y Aierbe, 2011; Caballero y Ramos, 2004; Mesa, 2002), y las investigaciones apuntan no a

establecer un férreo control sobre los contenidos que los niños y niñas ven, sino más bien a que los adultos acompañen y expliquen con claridad qué ocurre en la televisión, cuáles son sus alcances, qué cosa es realidad y qué es ficción.

La forma en que niños y niñas justifican la violencia no es muy distinta a la de los adultos. En contextos violentos es normal justificar la violencia (47%), deshumanizar a la víctima (36%), decir que es responsable (35%) o ella misma se lo buscó (33%). De acuerdo con los psicólogos sociales Amalio Blanco, Amparo Caballero y Luis de la Corte (2005, p. 427), “los victimarios necesitan argumentos para sortear la pesadumbre, el dolor y el sufrimiento de las víctimas inocentes, y para evitar el estallido de su propia consciencia”. En los niños, estas formas de justificar la violencia se asocian a una desconexión moral, es decir, un comportamiento antisocial que desactiva parcial o totalmente la forma en que se regula la conducta moral (Canchila, Hoyos y Valega, 2018).

Si bien la violencia ejercida por niños y niñas ha sido estudiada principalmente dentro del ámbito escolar, ellos son capaces de comprender qué es una situación violenta y distinguirla de las que no (Artavia, 2014), por lo que la aplicación de un modelo de convivencia cobra sentido ya que el potencial uso de la violencia, en últimas, tiene una poderosa carga moral y ética. Así, es preciso que niños y niñas sean capaces de detectarla en sus propios comportamientos, analizar la situación y optar por alternativas de solución. Los resultados indican que hay que dirigir los esfuerzos a entender, en especial, las razones por las que los niños y niñas legitiman la violencia.

Un acierto de este modelo de convivencia es, precisamente, que la variable dependiente es la legitimación de la violencia. La intervención, durante el proceso de socialización infantil,

de esa normatividad creada y sostenida por la cultura para aceptar, explicar y justificar la violencia (Martínez, Robles, Utría y Amar, 2014), supone la modificación general, a largo plazo, de los patrones de violencia de un país históricamente violento.

A futuro, se espera que este modelo, o modelos similares, sean implementados en una población más grande de niños y niñas. Intervenir sobre la manera en que los niños y niñas legitiman la violencia es fundamental en un país que se encuentra en un proceso de transición hacia la paz, tras décadas de violencia fratricida. Alcanzar la paz es más que acallar los fusiles: supone dejar de lado estructuras psicosociales de violencia que hemos asumido como aceptables. No es un proceso a corto plazo, ni hay un manual para hacerlo, pero es cierto que pasa por el desmonte de viejas estructuras psicosociales arraigadas en la cultura. La implementación de este modelo es un paso en esta dirección.

11. Conclusiones

La eficacia de un proyecto de intervención psicosocial, sea cual sea su propósito, dependerá de la manera en que se ejecute. Y esta ejecución, a su vez, está atada a las características del contexto, a la disposición de los participantes y a la misma disposición al trabajo de los investigadores. En este caso, por fortuna y por mérito propio, la ejecución del proyecto se llevó a cabo de gran manera, con unos participantes activos, curiosos y con ánimo de aprender. Esto, sin duda, facilitó el desarrollo del proyecto desde el inicio.

Más allá de los resultados consignados en el análisis y las discusiones, fue evidente el cambio en el comportamiento de los participantes durante el desarrollo del proyecto. Reconocían situaciones de violencia y coincidían en la necesidad de reparar. Todo esto, sin duda, influyó en sus rasgos de personalidad. Sin embargo, estas observaciones se quedaron en eso, observaciones, y más allá del registro de las sesiones no se recogieron más datos. En ese sentido, sería ideal para proyectos futuros recoger datos, en especial cualitativos, que den cuenta de los cambios de comportamiento y pensamiento durante las actividades, es decir, poner en evidencia –si lo hay– el desarrollo del proyecto.

Siguiendo esa línea, lo ideal sería que el proyecto se replicara. Esto, por supuesto, implica convocatorias y presupuestos. Lo bueno es que ya hay un caso de éxito, lo que haría al proyecto más atractivo. Todo esto permitiría, posteriormente, realizar estudios comparativos entre grupos de participantes, o segmentos de ellos.

Finalmente, sería interesante realizar un estudio longitudinal con el propósito de saber de qué manera se expresa –o incluso sobrevive– el contenido en los participantes. De esta manera podría conocerse su efectividad o su pervivencia a largo plazo.

12. Referencias

- Artavia, J. (2014). Percepción de estudiantes del I ciclo de enseñanza general básica acerca de la violencia escolar. *Actualidades Investigativas en Educación*, 14(1), 1-23.
- Barreto, I., Borja, H., & Serrano, Y. (2009). La legitimación como proceso en la violencia política, medios de comunicación y construcción de culturas de paz. *Univ. Psychol*, 8(3), 737-748.
- Becerril, D. (13 de febrero de 2016). La superpoblación en las prisiones, la causa de la violencia carcelaria en México. *Notimérica*. Recuperado de <https://www.notimerica.com/sociedad/noticia-superpoblacion-prisiones-causa-violencia-carcelaria-mexico-20160213105936.html>
- Beller, W. (2010). ¿La violencia tiene justificación?: lo que dicen la ciencia y la Filosofía. *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 19 (38), 19-52.
- Blair, E. (2009). Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Política y Cultura*, (32), pp. 9-33.
- Blanco, A., Caballero, A., & de la Corte, L. (2005). *Psicología de los Grupos*. Madrid, España: Pearson.
- Bourdieu, P. (2000). *Sobre el poder simbólico*. En P. Bourdieu (Ed.), *Intelectuales, política y poder*, pp. 65-73. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires - EUDEBA.
- Caballero, M. A., & Ramos, L. (2004). Violencia: una revisión del tema dentro del marco de trabajo de investigación en el Instituto Nacional de Psiquiatría. *Salud Mental*, 27(2), 21-30.

- Canchila, E., Hoyos, & Valega, S. (2018). Caracterización de los mecanismos de desconexión moral en escolares que asisten a una Institución Educativa pública del Departamento de Sucre, Colombia. *Zona Próxima*, 29, 23-31.
- Caribe Afirmativo (2019). *Cuerpos convertidos en territorios de confrontación. Manual de seguridad y autoprotección para personas LGBTI*. Barranquilla. Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional USAID.
- Carrano, A. (30 de noviembre de 2019). Negros e hispanos tienen más del triple de probabilidades de ir a prisión que los blancos en EEUU: estas son las razones. *Univisión Noticias*. Recuperado de <https://www.univision.com/noticias/especiales/negros-e-hispanos-tienen-mas-del-triple-de-probabilidades-de-ir-a-prision-que-los-blancos-en-eeuu-estas-son-las-razones>
- Centro de Memoria Histórica (2014). *Guerrilla y población civil. Trayectoria de las FARC 1949-2013*. Tercera edición. Bogotá: CNMH.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2015). *Violencia contra personas LGBTI*. Organización de los Estados Americanos.
- CONAPO. (2015). *Prevención de la violencia*. Recuperado de: https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/303594/Prevencion_de_la_violencia_Ti_pos_de_Violencia.pdf
- Cuervo, E. (2016). *Exploración del concepto de violencia y sus implicaciones en educación*. Valencia, España: Universitat de Valencia.
- Díaz, A. (2009). *La argumentación escrita*. Medellín: Ed. Universidad de Antioquia.

Domenach, J. M., Labori, H., Joxe, A., Galtung, J., Senghaas, D., Kineberg, O., Halloran, J.,

Shupilov, V. P., Poklewski-Koziel, K., Khan, R., Spitz, P., Mertens, P., Boulding, E.

(1981). *La violencia y sus causas*. París, Francia: Unesco

EAFIT. (2016). *¿Por qué hay violencia en Colombia?* Recuperado de:

<http://www.eafit.edu.co/ninos/reddelaspreguntas/Paginas/por-que-hay-violencia-en-colombia.aspx>

Embajada del Reino de los Países Bajos y la Defensoría del Pueblo (2014). *Mujeres. Ley 1257 de 2008. Por una vida libre de violencias*. Bogotá: Defensoría del Pueblo.

Gesto por la Paz. (s. f.). *Deslegitimar la violencia*. Recuperado de:

<http://www.gesto.org/archivos/201401/20080600.-deslegitimar-la-violencia-c.pdf?1>

Gómez, A.; López, J. & Tandeoy, L. (2013). Pobreza y vulnerabilidad como condicionantes de la violencia intrafamiliar. *Sujetos y diversidad. Una mirada desde el desarrollo humano*, pp. 2-30.

González, R., y Molinares, I. (2010). La violencia en Colombia. Una mirada particular para su comprensión. de cómo percibimos la violencia social a gran escala y hacemos invisible la violencia no mediática. *Investigación y desarrollo*, 18 (2), pp. 346-369

González, S. (17 de junio de 2019). El éxodo en CA, por sobrepoblación, rezago y violencia. *La Jornada*. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/ultimas/economia/2019/06/17/el-exodo-en-ca-por-sobrepoblacion-rezago-y-violencia-2572.html>

Iborra, I. y Sanmartín, J. (2011). *¿Cómo clasificar la violencia?: la taxonomía según Sanmartín.*

Recuperado de: [file:///C:/Users/Luis%20Ramos/Downloads/Dialnet-
ComoClasificarLaViolencia-3886971.pdf](file:///C:/Users/Luis%20Ramos/Downloads/Dialnet-ComoClasificarLaViolencia-3886971.pdf)

Joxe, A. (1981). *Examen crítico de los métodos cuantitativos aplicados a las investigaciones sobre las causas de la violencia.* En Unesco (Ed.). *La violencia y sus causas.* París: Editorial de la Unesco.

Jusidman, C., Camas, F., & Carreón, I. (2016). *El crecimiento urbano y las violencias en México.* México: Naciones Unidas.

Klineberg, O. (1981). *Las causas de la violencia desde una perspectiva socio-psicológica.* En Unesco (Ed.). *La violencia y sus causas.* París: Editorial de la Unesco.

La Sexta (1 de enero de 2019). *Más de 500 mujeres asesinadas, 67 hombres y un 0,01% de denuncias falsas en 8 años: las cifras que demuestran que la violencia no afecta a todos por igual.* Recuperado de https://www.lasexta.com/noticias/nacional/las-cifras-que-desmienten-a-vox-502-mujeres-asesinadas-frente-a-67-hombres-video_201901045c2f351e0cf24fa4056c8d61.html

Laborit, H. (1981). *Mecanismos biológicos y sociológicos de la agresividad.* En Unesco (Ed.). *La violencia y sus causas.* París: Editorial de la Unesco.

Ley 1257 (2008). *Sensibilización, prevención y sanción de formas de violencia y discriminación contra las mujeres.* Recuperado de <http://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?ruta=Leyes/1676263>

Lidke, R., Platt, T., Pisteau, J., Cauchy, V., Chesnais, J., Gachnochi, G., y Skurnik, N., Dufour-

Gompers, R., Alder, C., Gunder, A., Vorontsov, G., Mayor, F., Hamm, B., Jisong, W., y

Lipatti, V. (1992). *Pensar la violencia. Perspectivas filosóficas, históricas, psicológicas y sociológicas*. Catalunya, España: UNESCO.

López, J. (1996). *Fuertes contra la violencia*. Salamanca, España: Ed. Universidad de Salamanca.

López, J. M. (2017). *Legitimación y deslegitimación del uso de la violencia en Colombia: análisis desde el discurso de las FARC-EP y los relatos de sus excombatientes* (tesis de Maestría). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador Departamento de Sociología y Estudios de Género.

Martínez, A. (2016). La violencia Conceptualización y elementos para su estudio. *Política y Cultura*, (46), pp. 7-31

Martínez, M. & Amar, J. (2016). *¿Quién es el malo del paseo?* Barranquilla: Ed. Universidad del Norte.

Martínez, M.; Robles, C.; Utria, L. & Amar, J. (2014). Legitimación de la violencia en la infancia: un abordaje desde el enfoque ecológico de Bronfenbrenner. *Psicología desde el Caribe*, vol 32, núm. 1, pp. 133-160.

Medrano, C., & Aierbe, A. (2011). La televisión y los valores percibidos por los adolescentes. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 1(2), 255-263.

Melo, J. O. (2017). *Historia mínima de Colombia*. Ciudad de México, México: Turner

- Mesa, R. (2002). Medios de comunicación, violencia y escuela. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 44, 209-222.
- Montoya, S. (2015). *Trabajo infantil una mirada desde los niños y niñas que lo reclaman como un derecho de la infancia* (Tesis de maestría). Universidad Santo Tomás, Bogotá
- Mosquera, D., & Paredes, M. (2016). *Infancia y trabajo infantil en Colombia, más allá de un juicio moral* (Tesis de pregrado). Universidad ICESI, Santiago de Cali.
- OMS. (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la salud. Sinopsis*. Ginebra: Organización Mundial de la Salud.
- ONU Noticias (17 de octubre de 2012). *La pobreza extrema es violencia, afirma activista de ONG*. Recuperado de <https://news.un.org/es/story/2012/10/1255371>
- Padilla, A., y Bermúdez, A. (2016). Normalizar el conflicto y desnormalizar la violencia: retos y posibilidades de la enseñanza crítica de la historia del conflicto armado colombiano. *Revista Colombiana de Educación*, (71), 219-251.
- Patiño, G. & Herrán, O. (2012). Desplazamiento forzado, niñez y adolescencia: escenarios en relación con su estabilidad socioeconómica. *Salud Pública*, 12(2), pp. 58-68.
- Pécaut, D. (1997). Presente, pasado y futuro de la violencia en Colombia. *Desarrollo Económico*, 144, pp. 891-930.
- Profamilia. (s. f.). *Tipos de violencia*. Recuperado de:
<https://profamilia.org.co/aprende/violencia-de-genero/tipos-de-violencias/>
- RAE (2014). *Legitimar*. Recuperado de <https://dle.rae.es/legitimar>

- Reig, A. (2009). *Memoria de la violencia. Transición, consolidación y crispación democrática en España (1975-2008)*. En Baby, S.; Compagnon, O. & González, E. (Ed.). Madrid: Casa de Velázquez.
- Rodríguez, L. M. (2013). *Definición, fundamentación y clasificación de la violencia*. Recuperado de: <https://trasosdigital.files.wordpress.com/2013/07/articuloviolencia.pdf>
- Rubio, J.; Chávez, M. & Rodríguez, H. (2016). Significados, causas y efectos de la violencia social entre la juventud en Monterrey, Nuevo León, México. *Sociedad y economía* (32), pp. 85-106.
- Schuster, M. (noviembre de 2017). Pánico, violencia y crisis en las cárceles de América Latina. Entrevista a Gustavo Fondevila. *Nueva Sociedad*. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/panico-violencia-y-crisis-en-las-carceles-de-america-latina/>
- Semana (25 de octubre de 2016). *El impacto psicosocial de los niños víctimas del conflicto*. Recuperado de <https://www.semana.com/educacion/articulo/impacto-del-conflicto-armado-en-ninos-de-colombia/501110>
- Serrano, E. (1994). *Legitimación y racionalización: Weber y Habermas: la dimensión normativa de un orden secularizado*. México, Barcelona: Ed. Anthropos.
- Sorel, G. (1973). *Reflexiones sobre la violencia*. Buenos Aires, Argentina: La Pléyade.
- UNICEF. (2006). *Hojas informativas sobre la protección de la infancia*. Recuperado de: https://www.unicef.org/spanish/protection/files/La_violencia_contra.pdf

